



DELEGACIÓN DE ACCIÓN SOCIAL
Y CARITATIVA

EJERCICIO DE LA POLÍTICA A LA LUZ DE LA DOCTRINA SOCIAL DE LA IGLESIA



Curso 2007-2008

**EJERCICIO DE LA POLÍTICA
A LA LUZ DE LA
DOCTRINA SOCIAL DE LA IGLESIA**

Curso 2007-2008



Índice

1. INTRODUCCIÓN.....	3
2. SITUACIONES MÁS SIGNIFICATIVAS EN EL EJERCICIO ACTUAL DE LA POLÍTICA Y VALORACIÓN INICIAL. EL «VER».....	5
2.1. Democracia consolidada.....	6
2.2. Desencanto generalizado.....	6
2.3. Bajos niveles de participación.....	7
2.4. Déficit de planteamientos éticos.....	7
2.5. De espaldas a los más débiles y al futuro de la humanidad.....	8
2.6. Partidos políticos.....	9
2.7. Democracia no confesional.....	10
2.8. La identificación política de los católicos.....	11
2.9. Independencia y colaboración.....	12
3. VALORACIÓN MORAL DE ESAS SITUACIONES DESDE LA DOCTRINA SOCIAL DE LA IGLESIA. EL «JUZGAR».....	13
3.1. La persona humana, principio, sujeto y fin de la comunidad política.....	14
3.2. Dignidad y nobleza de la acción política.....	15
3.3. Valor y límite de la democracia.....	17
3.4. Protagonismo de la sociedad. El principio de subsidiariedad.....	19
3.5. Partidos políticos y cuerpos intermedios. El principio de participación.....	20
3.6. Cuando la verdad del ser humano anda en juego, la fe no es neutral.....	22
3.7. Opción preferencial por los pobres.....	23
3.8. Independencia y colaboración.....	24
3.9. Especial responsabilidad de los fieles laicos.....	25
3.10. Una misma fe, distintos compromisos políticos.....	26
4. SUGERENCIAS DE AVANCE. EL «ACTUAR».....	27
A) Hacia una sociedad más participativa y crítica.....	28
B) Hacia una comprensión positiva y una rehabilitación de la política.....	29
C) Hacia una presencia más significativa de cristianos laicos en la vida pública.....	30
D) Una Iglesia que propone la novedad del Evangelio.....	31
5. EPÍLOGO.....	33
ANEXO I. COMPENDIO DE LA DOCTRINA SOCIAL DE LA IGLESIA. Capítulo VIII.....	35



INTRODUCCIÓN



«Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón... La Iglesia se siente íntima y realmente solidaria del género humano y de su historia.»

(Concilio Vaticano II, *Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual*, 1)

A los miembros de esta Delegación de Acción Social y Caritativa (Cáritas Diocesana, Secretariado de Migraciones, Secretariado de Pastoral Penitenciaria, Comisión Diocesana de Justicia y Paz y Secretariado de Acción contra la Droga) y al Secretariado de Pastoral Obrera de la Diócesis de Orihuela-Alicante, nos preocupa el progresivo deterioro y devaluación de la política tanto a nivel provincial como del resto del Estado español. El ejercicio de la política es percibido en bastantes ocasiones más como una frustración para la mayoría de la población que como una oportunidad de crecimiento en justicia y libertad.

Esta percepción bastante generalizada de la política choca frontalmente con la comprensión positiva que la Iglesia tiene de

la misma: «La Iglesia alaba y estima la labor de quienes, al servicio del hombre, se consagran al bien de la cosa pública y aceptan las cargas de este oficio» (Concilio Vaticano II, *Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual*, 75).

Por eso, con este nuevo trabajo, queremos contribuir desde los criterios de la Doctrina Social de la Iglesia a rehabilitar el ejercicio de la política. Como en otras ocasiones hemos recordado, la Doctrina Social de la Iglesia es un hermoso y refrescante cuerpo doctrinal, aún insuficientemente conocido y practicado, pero capaz de generar un ejercicio más humanizador de la política.

Desde nuestro trabajo cotidiano con los sectores más frágiles de nuestra sociedad, queremos recordar que, además de un ejercicio formalmente democrático, la política se rehabilita cuando pone todas sus energías al servicio de la dignidad sagrada de todo ser humano, especialmente del más vulnerable, y cuando busca honestamente el bien común. Lógicamente, también el ejercicio de la política está sujeto a discernimiento moral.

Este trabajo, el cuarto de esta Delegación con similares características, pretende sobre todo tener en cuenta la situación actual de la política, tal y como es percibida por nosotros, e iluminarla con los criterios de la Doctrina Social de la Iglesia y, desde ahí, sugerir una serie de acciones que nos ayuden a avanzar en la compleja tarea de rehabilitar la política. Lo más propio de nuestro trabajo será, por tanto, la valoración moral de lo que acontece a la luz de la Doctrina Social de la Iglesia.



**SITUACIONES MÁS SIGNIFICATIVAS EN
EL EJERCICIO ACTUAL DE LA POLÍTICA Y
VALORACIÓN INICIAL**

EL «VER»





2.1. Democracia consolidada

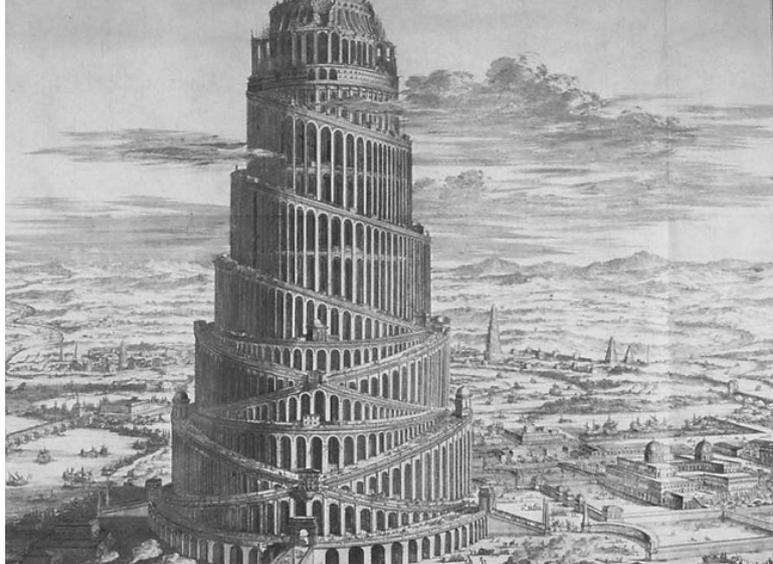
- Llevamos treinta años viviendo sin interrupción en un régimen de libertad y democracia. Hay ya varias generaciones de jóvenes y niños que no han conocido más que un régimen democrático.
- Este largo y fructífero período democrático de la historia de España, que ha posibilitado nuestra total homologación con las democracias europeas, supone un activo considerable, que hemos de valorar y cuidar responsable y críticamente para seguir avanzando.
- Es de justicia reconocer y alabar el buen hacer de miles de cargos públicos que durante estos treinta años de democracia han trabajado discreta y honestamente por el bien común y son también responsables del bienestar conseguido.
- Podemos afirmar que nuestra democracia funciona con normalidad. En las páginas que siguen van a aparecer sobre todo sus lagunas y limitaciones porque la finalidad de este trabajo es contribuir humildemente a su identificación y superación.

2.2. Desencanto generalizado

- En este momento, en nuestra tierra, según todas las encuestas y la propia apreciación, parece que lo que hoy impera es el escepticismo y el desencanto ante la política y los políticos: «no sé si votaré esta vez», «no me convence ninguno», «son todos iguales», «todos van a la suya»... La mayoría de los ciudadanos dicen sentirse desilusionados por la política y los políticos. Se percibe en bastantes ambientes un claro menosprecio de todo lo relacionado con la política. Se tiene la sensación de una enorme distancia entre las preocupaciones de la ciudadanía y las de sus representantes políticos. ¡Qué lejos estamos de la época de la transición cuando se esperaba ingenuamente que la política democrática nos resolvería todos nuestros problemas!
- No obstante, la situación es compleja, porque también podemos hablar de una sociedad muy politizada. Todos los asuntos importantes se «polarizan» y se simplifican inmediatamente, obligando a tomar partido sin favorecer análisis y matizaciones más profundos. Los medios de comunicación social tampoco son ajenos en muchos casos a esta polarización simplista de la sociedad.
- En las últimas elecciones municipales y autonómicas de mayo de 2007, hemos podido constatar de nuevo que los grandes asuntos, los asuntos de ámbito general y estatal, solapan en gran medida a los más próximos y cercanos a los ciudadanos.

2.3. Bajos niveles de participación

- A la sociedad alicantina le gusta asociarse, tiene un alto índice de asociacionismo civil. Sin embargo, se presenta atomizada en miles de pequeñas asociaciones, poco influyentes en la configuración de la sociedad, poco preocupadas por lo común y muy atareadas en la gestión de su pequeña porción. Además, su funcionamiento económico provoca en muchos casos una clara dependencia de las subvenciones de la administración pública.
- El asociacionismo explícitamente político y la praxis diaria de participación política son escasos. La democracia se reduce para la mayoría de la población a ir a votar cada cuatro años. Hay muy pocos espacios que favorezcan el análisis, la reflexión y el sentido crítico sobre las cuestiones de fondo.
- Hoy se habla ya de la democracia de audiencia, es decir, de la democracia convertida en espectáculo mediático, donde cuenta más el personalismo del líder que el programa que defiende o el partido al que pertenece. Los mítines políticos son cada vez menos frecuentados y se organizan más pensando en su reflejo en los medios de comunicación social que en los «fieles» que asisten a los mismos.
- Se percibe una preocupante presencia de la abstención en las diferentes consultas electorales. En las pasadas elecciones municipales la abstención en el conjunto de la provincia ha sido del 32%, a lo que hay que añadir los votos en blanco y los nulos.



- Sólo una mínima parte de los extranjeros residentes con derecho a voto (ciudadanos de la Unión Europea más Noruega) lo han ejercido en las pasadas elecciones municipales. Otros muchos inmigrantes, incluso los que se encuentran en situación regular, no tienen esa posibilidad, a pesar de contribuir con su trabajo y sus impuestos al desarrollo y progreso de esta sociedad.

2.4. Déficit de planteamientos éticos

- Se vive hoy la democracia en muchos casos bajo la mera mecánica aritmética (la mayoría suficiente), estando determinado de antemano el resultado de la mayoría de los debates. Apenas si hay acogida de las propuestas e ideas de los unos en las decisiones de los otros.
- Se corre el riesgo de pensar que lo formalmente democrático coincide sin más con lo ético o moral. Como si lo democrático agotase toda pregunta sobre la moralidad. «Los interrogantes que se plantean en la sociedad a menudo no son examinados»

según criterios de justicia y moralidad, sino más bien de acuerdo con la fuerza electoral o financiera de los grupos que los sostienen» (Juan Pablo II, encíclica *Centesimus Annus*, 47)

- Parece hoy evidente la hegemonía del capital y lo financiero sobre la mayoría de las decisiones políticas. No importa tanto en la práctica qué partido gobierna, sino qué cosas, qué intereses, qué «valores» dirigen la sociedad. Las instituciones democráticas son utilizadas muy frecuentemente por el poder económico. La independencia de la política frente a los gestores del capital es cada vez más difícil.
- El equilibrio entre el Estado y la iniciativa social es siempre inestable. Ahora se tiende a aligerar cada vez más el Estado social privatizando nuevos servicios y acelerando la crisis del Estado del bienestar.
- Los casos de corrupción, a menudo injustamente generalizados y tolerados sin excesivos reparos, enturbian aún más esta comprensión negativa de la actividad política y ponen de manifiesto una crisis de valores morales tanto en la ciudadanía como en sus representantes políticos. Los casos de transfuguismo político también ponen de manifiesto un claro déficit de planteamientos éticos en las personas que los protagonizan.



2.5. De espaldas a los más débiles y al futuro de la humanidad

- Estamos instalados en unos comportamientos burgueses y neoliberales que se desarrollan, más allá de algunos gestos puntuales, de espaldas al Tercer Mundo y de espaldas también a los últimos de nuestra sociedad. Las leyes del comercio internacional y el lucro como motor principal de la actividad económica no cesan de provocar situaciones de injusticia que claman al cielo.
- Es preocupante que las decisiones y promesas de nuestros políticos estén tan condicionadas por intereses electoralistas inmediatos que ignoren los efectos a corto y medio plazo de sus decisiones. En una sociedad con recursos escasos y limitados no es ya posible gobernar sin preocuparnos por la sostenibilidad de nuestro desarrollo.



2.6. Partidos políticos

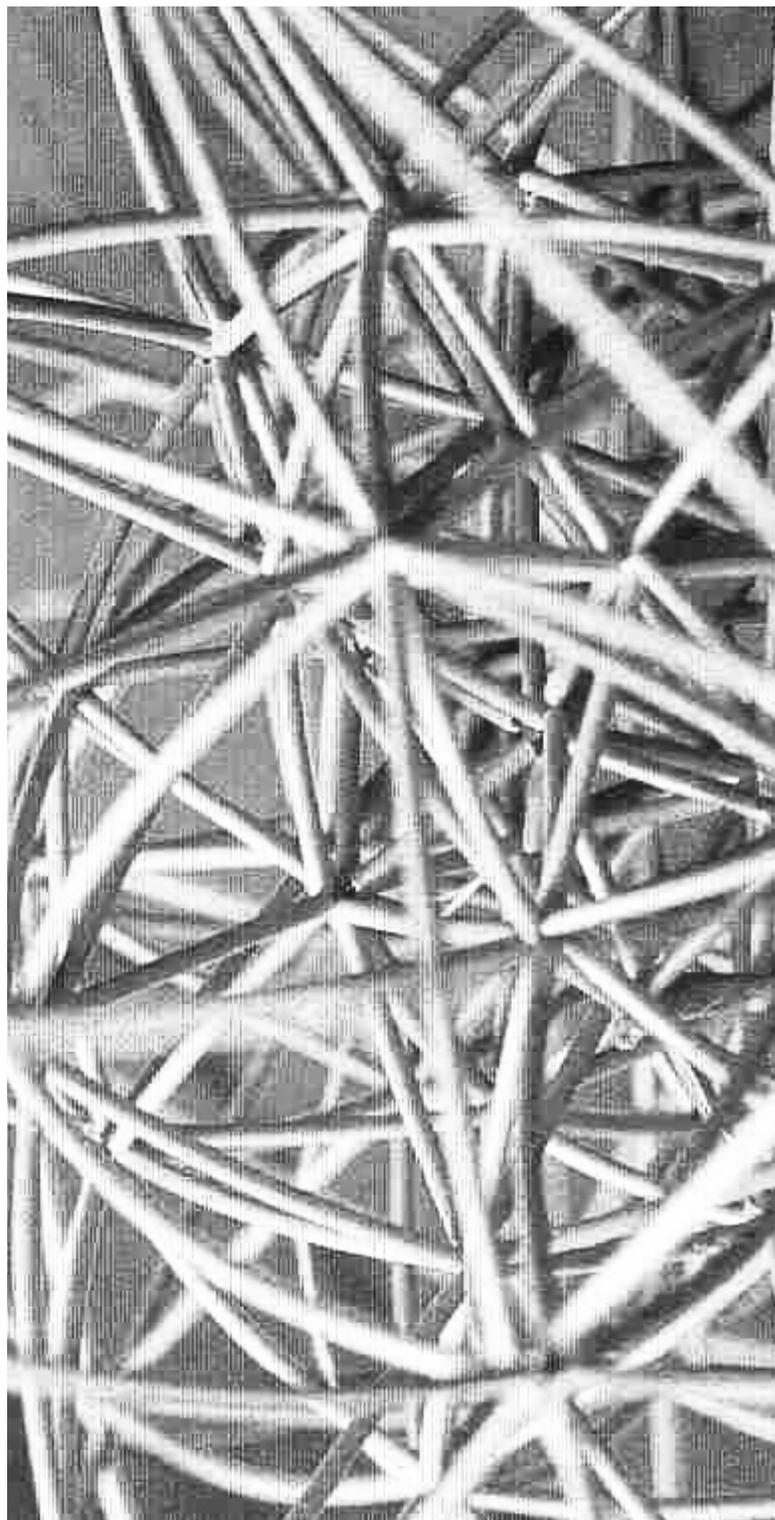
- Los partidos políticos, en su legítima búsqueda del poder, corren el riesgo de instalarse en una situación de permanente campaña electoral y descuidar otro trabajo más sosegado de formación, análisis, debates, elaboración de propuestas, canalización de las demandas de la sociedad... Estamos expuestos a una partitocracia que sufre la tentación de ahogar y utilizar la participación social. Por eso, amplios sectores de la ciudadanía no se sienten suficientemente representados en los partidos y candidatos que se presentan a las elecciones.
- Siendo uno de los quicios sobre los que gira nuestra democracia, la mayoría de los partidos políticos tienen un funcionamiento insuficientemente democrático y participativo (p.e. escasez de militancia y vida interna, elección de candidatos, estructura piramidal, escasa acogida de la diferencia, guerras de familias, ausencia de transparencia económica...).
- Los partidos políticos, especialmente los mayoritarios, están consiguiendo crispar y polarizar la convivencia, subrayando permanentemente las diferencias, minimizando las coincidencias y caricaturizando las posiciones del adversario. Lo que se lleva es más la descalificación del contrario que la presentación de propuestas. «Una sociedad que parecía haber encontrado el camino de su reconciliación y distensión, vuelve a hallarse dividida y enfrentada» (Conferencia Episcopal Española, *Orientaciones morales ante la situación actual de España*, 7).
- Los partidos caen a veces en comportamientos partidistas o clientelistas (favores a los suyos) y tienen dificultades para reconocer y evitar los casos de corrupción. Tienden también a crear nuevos entramados de poder e influencia social (Fundaciones, Organizaciones No Gubernamentales, empresas vinculadas a su conglomerado ideológico...), pareciendo que buscan más el control de la sociedad que su servicio.
- A veces la lucha partidista se prolonga en las instituciones básicas del Estado (p.e. el Tribunal Constitucional), dificultando el buen funcionamiento de las mismas y el ejercicio pleno de la división de poderes.
- Se echa en falta una mayor flexibilidad para conseguir pactos en función de intereses y objetivos comunes. La integración de los inmigrantes, la defensa de la vida y la familia, la política urbanística, el agua, la educación, la lucha contra el terrorismo... se convierten muy a menudo en armas arrojadizas de unos contra otros; escasean los acuerdos y los ciudadanos

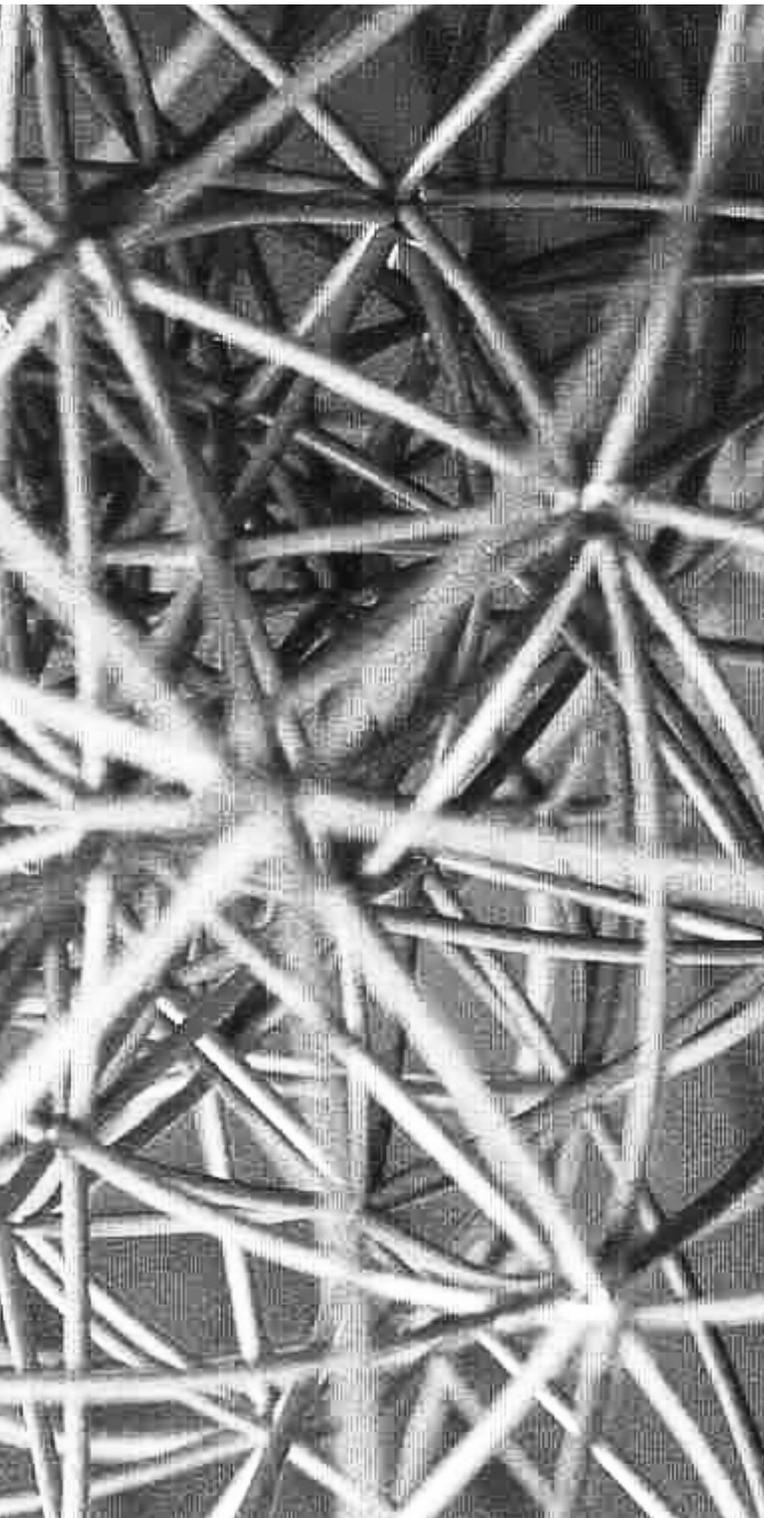
están expuestos a excesivos cambios y tensiones dependiendo del partido que gane las elecciones.

- Sobre la financiación de los partidos pesa una enorme nebulosa. Los partidos gastan en campañas electorales mucho más de lo que tienen (cuotas de sus militantes, subvenciones públicas...) y en algunas ocasiones han aparecido prácticas inmorales.

2.7. Democracia no confesional

- La no-confesionalidad del Estado no es entendida por todos de la misma manera; el hecho religioso es valorado de muy diversa manera en la plaza pública; algunos pretenden reducir la fe a un asunto meramente privado, sin consecuencias públicas; lo religioso aparece en algunas ocasiones como sometido a sospecha. Después de bastantes años de una presencia discreta, lo religioso ha irrumpido con fuerza en la primera línea del debate político. Mientras unos acusan a la Iglesia de querer entrometerse donde no le corresponde y de añorar privilegios del pasado, otros acusan a algunos gobernantes actuales de desprecio y militancia anticatólica.





2.8. La identificación política de los católicos

- La Iglesia Católica invita constantemente a sus miembros a valorar positivamente la actividad política; invita también a los seculares católicos a bajar a la arena de la política concreta. Sin embargo, la mayoría de los católicos sienten una lógica incomodidad a la hora de votar y militar en los partidos políticos. De entrada, ningún partido político es capaz de reflejar y defender todos los valores que se desprenden del Evangelio (p.e., la primacía de la dignidad de la persona humana, la defensa de la vida humana desde el origen hasta el final; el rechazo de la guerra, el terrorismo y la violencia; la opción preferencial por los pobres; la primacía del bien común; la defensa y el respeto de la naturaleza; la defensa y promoción del matrimonio y la familia; la defensa del derecho universal a la educación y el derecho a la libertad de enseñanza, el respeto del adversario y de las minorías, el poder concebido como servicio...). Cada partido subraya sólo alguno de estos valores y deja otros en la penumbra. Por eso, sería de desear que las opciones partidistas no se presentaran como excluyentes y totalizantes.
- La presencia de los católicos en la vida política se percibe en la mayoría de los casos como muy poco «significativa»; muy a menudo no se percibe una aportación específica y original que brote de su fe en Jesucristo y del rico patrimonio de la Doctrina Social de la Iglesia. La



mayoría de los católicos en la vida política se comportan, de facto, como si la fe fuera un asunto meramente privado (cf. Conferencia Episcopal Española, *Orientaciones morales ante la situación actual de España*, 48).

2.9. Independencia y colaboración

- Resulta difícil mantener un justo equilibrio entre la independencia política de la Iglesia y la leal colaboración con la legítima autoridad política. Hay terrenos donde esa colaboración ha dado buenos resultados (p.e. en los municipios, en el campo de la enseñanza, en la conservación y restauración del patrimonio artístico, en la atención a inmigrantes y a menores marginados...), pero en otros está resultando muy costosa.
- Unas veces se critica a la Iglesia por su excesiva identificación con un grupo político determinado o por una militancia activa sólo en algunos asuntos, y otras veces se la critica por su silencio y pasividad ante otras cuestiones también importantes.
- La relación entre el Gobierno de España y la Conferencia Episcopal es muy poco fluida y no se alcanzan todos los acuerdos que la sociedad necesita.



**VALORACIÓN MORAL DE ESAS
SITUACIONES DESDE LA DOCTRINA
SOCIAL DE LA IGLESIA**

EL «JUZGAR»



«La doctrina social de la Iglesia... quiere servir a la formación de las conciencias en política y contribuir a que crezca la percepción de las verdaderas exigencias de la justicia.»

(Benedicto XVI, *Dios es amor*, 28)

«Hacemos una llamada a cada uno de los cristianos y a todas las comunidades de la Iglesia que peregrina en España, para que sean altavoces vivos que den a conocer los principios, criterios y directrices de la enseñanza social de la Iglesia.»

(Conferencia Episcopal Española, Exhortación Pastoral *Para que tengan vida en abundancia*, 6)

Las situaciones políticas, brevemente descritas en el capítulo anterior, provocan en nosotros insatisfacción, preocupación. Nos duele que la política no esté aportando al conjunto de la sociedad todos los elementos positivos que cabría esperar. Nos parece que el ejercicio de la política aquí y ahora es manifiestamente mejorable. Por eso, desde nuestra fe en el Dios de Jesucristo y teniendo muy presente la Doctrina Social de la Iglesia, sugerimos los siguientes criterios de discernimiento moral:

3.1. La persona humana, principio, sujeto y fin de la comunidad política

- Toda institución, toda sociedad está al servicio de la promoción de la persona humana, llamada a tomar la palabra y a participar activamente en la búsqueda del bien común.
- La realización integral del ser humano, su vocación, su dignidad y su responsabilidad es lo que está en juego en la política.

«El principio, el sujeto y el fin de todas las instituciones sociales es y debe ser la persona humana, la cual, por su misma naturaleza, tiene absoluta necesidad de la vida social» (Concilio Vaticano II, *La Iglesia en el mundo actual*, 25).

«El orden social y su progresivo desarrollo deben en todo momento subordinarse al bien de la persona, ya que el orden real debe someterse al orden personal, y no al contrario» (Ídem, 26).

3.2. Dignidad y nobleza de la acción política

- La política es una actividad profundamente noble y valiosa; una sociedad que la desprecie se pone a sí misma en peligro.
- La acción política tiene ante sí un formidable desafío: tender hacia una sociedad en la que cada ser humano reconozca a un hermano en todas y cada una de las personas.
- La organización política existe por y para el bien común, el cual es más que la suma de intereses particulares, individuales o colectivos, a menudo contradictorios entre sí.

«Los hombres, las familias y los diversos grupos que constituyen la comunidad civil son plenamente conscientes de su propia insuficiencia para lograr una vida plenamente humana y perciben la necesidad de una comunidad más amplia, en la cual todos conjuguen a diario sus energías en orden a una mejor procuración del bien común. Por ello forman comunidad política, según tipos institucionales varios. La comunidad política nace, pues, para buscar el bien común, en el que encuentra su justificación plena y su sentido y del que deriva su legitimidad primigenia y propia. El bien común abarca el conjunto de aquellas condiciones de vida social con las cuales los hombres, las familias y las asociaciones pueden lograr con mayor plenitud y facilidad su propia perfección» (Ídem, 74).





- La Iglesia habla de caridad «política» y la entiende como «el amor eficaz a las personas, que se actualiza en la prosecución del bien común de la sociedad» (Conferencia Episcopal Española, *Los católicos en la vida pública*, 60).

«La Iglesia alaba y estima la labor de quienes, al servicio del hombre, se consagran al bien de la cosa pública y aceptan las cargas de este oficio» (Ídem, 75).

«De todo lo cual se deducen la responsabilidad, la dignidad y la importancia de los gobernantes» (Ídem 74).

«La dedicación a la vida política debe ser reconocida como una de las más altas posibilidades morales y profesionales del hombre» (Conferencia Episcopal Española, *Los Católicos en la vida pública*, 63).

- Más aún, el ejercicio responsable de la política puede ayudar al cristiano a desarrollar convenientemente las virtudes teologales

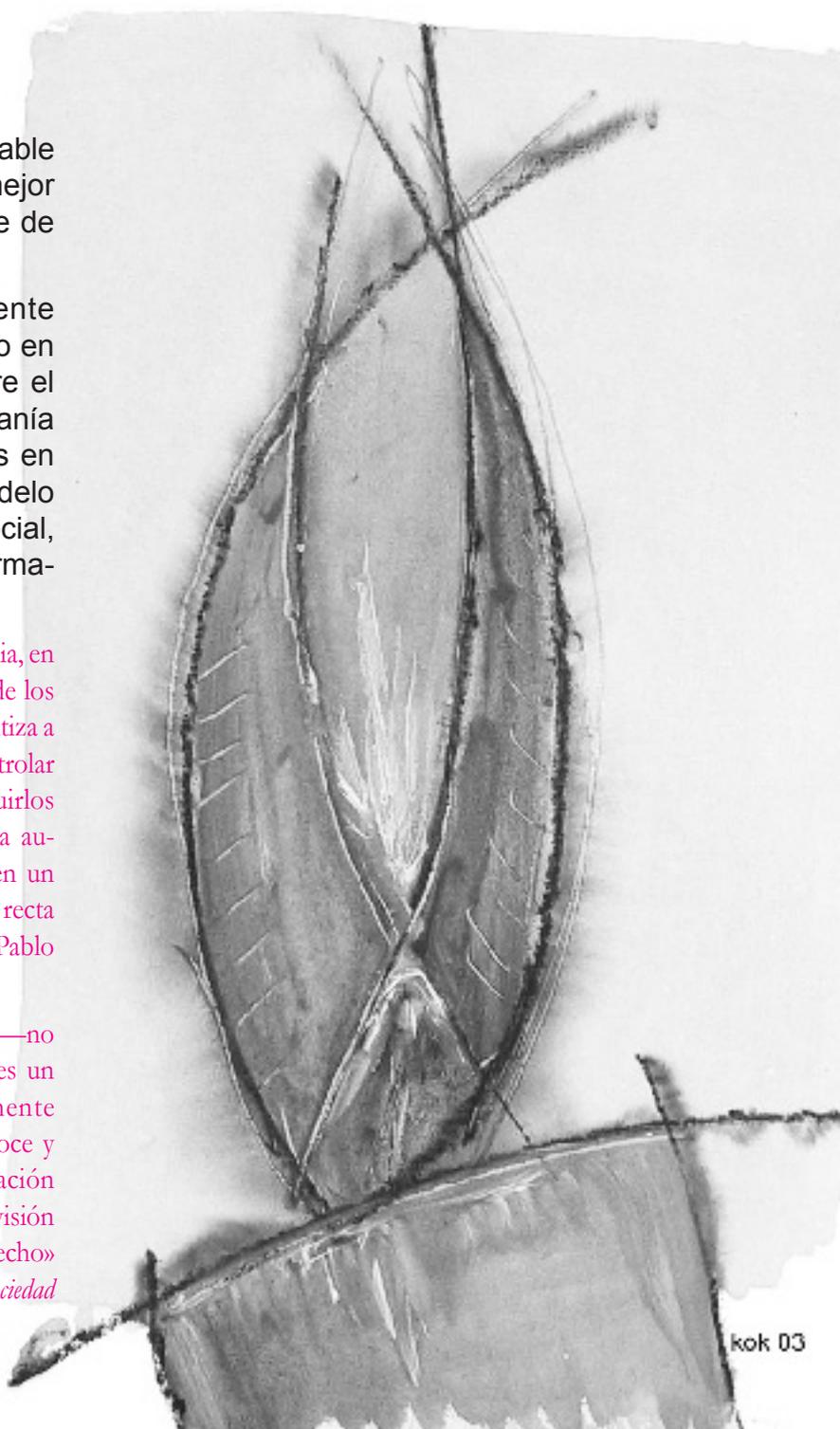
«Nosotros queremos subrayar aquí la nobleza y dignidad moral del compromiso social y político y las grandes posibilidades que ofrece para crecer en la fe y en la caridad, en la esperanza y en la fortaleza, en el desprendimiento y en la generosidad; cuando el compromiso social o político es vivido con verdadero espíritu cristiano, se convierte en una dura escuela de perfección y en un exigente ejercicio de las virtudes» (Ídem, 63).

3.3. Valor y límite de la democracia

- La democracia es el modo más razonable de organizar una sociedad, el que mejor puede respetar la dignidad inviolable de la persona y los derechos humanos.
- La democracia no colma plenamente las esperanzas de los hombres, pero en su modelo occidental, fundado sobre el equilibrio de poderes y sobre la soberanía de un pueblo de ciudadanos iguales en derechos, ella aparece como el modelo más humanizador de organización social, aunque haya de ser regenerada permanentemente.

«La Iglesia aprecia el sistema de la democracia, en la medida en que asegura la participación de los ciudadanos en las opciones políticas y garantiza a los gobernados la posibilidad de elegir y controlar a sus propios gobernantes, o bien sustituirlos oportunamente de manera pacífica... Una auténtica democracia es posible solamente en un Estado de derecho y sobre la base de una recta comprensión de la persona humana» (Juan Pablo II, encíclica *Centesimus annus*, 46).

«La joven democracia española se siente —no sin razón— orgullosa de sí misma. Éste es un sentimiento hasta ahora muy comúnmente compartido. Por su parte, la Iglesia reconoce y estima el modo democrático de organización de la sociedad según el principio de la división de poderes que configura el Estado de derecho» (Conferencia Episcopal Española, *Moral y sociedad democrática*, 34).



- Pero la democracia no lo es todo; no se puede esperar que sólo la política democrática resuelva todos los problemas de la sociedad; se correría el riesgo de caer en una intromisión indebida si el Estado pretendiera asumir la responsabilidad directa del conjunto de las actividades cotidianas.

«La democracia no es un sistema completo de vida. Es más bien una manera de organizar la convivencia de acuerdo con una concepción de la vida, anterior y superior a los procedimientos democráticos y a las normas jurídicas (Conferencia Episcopal Española, *Orientaciones morales ante la situación actual de España*, 53).

- Además, es necesario no confundir lo democrático y lo ético. Lo ético va mucho más allá que lo estrictamente democrático. También las decisiones democráticas están sujetas a discernimiento moral.

«Con frecuencia se habla de la democracia como si las instituciones y los procedimientos democráticos tuvieran que ser la última referencia moral de los ciudadanos, el principio rector de la conciencia personal, la fuente del bien y el mal» (Ídem, 52).

«Es un grave deber de conciencia no prestar colaboración, ni siquiera formal, a aquellas prácticas que, aun siendo admitidas por las legislaciones civiles, están en contraposición con la ley de Dios» (*Compendio de la doctrina social de la Iglesia*, 399).

- Todo lo noble puede ser pervertido; también la acción política. La corrupción política atenta contra la nobleza y dignidad de la acción política y tiene consecuencias nefastas sobre el bien común.





«Una democracia sin valores se convierte con facilidad en un totalitarismo visible o encubierto, como demuestra la historia» (Juan Pablo II, *Centesimus annus*, 46).

«Entre las deformaciones del sistema democrático, la corrupción política es una de las más graves porque traiciona al mismo tiempo los principios de la moral y las normas de la justicia social» (*Compendio de la doctrina social de la Iglesia*, 411).

3.4. Protagonismo de la sociedad. El principio de subsidiariedad

- El fomento del asociacionismo y de los cuerpos intermedios es una de las prioridades si queremos que la democracia funcione en buenas condiciones. La sociedad es anterior a la comunidad política.

«Para actuar eficazmente en la vida pública no bastan la acción o el compromiso individuales. Una vida democrática sana cuyo verdadero protagonista sea la sociedad tiene que contar con una amplia red de asociaciones por medio de las cuales los ciudadanos hagan valer en el conjunto de la vida pública sus propios puntos de vista y defiendan sus legítimos intereses materiales o espirituales» (Conferencia Episcopal Española, *Los Católicos en la vida pública*, II; cf. OA 4).

«Hoy es particularmente urgente esta doble tarea: construir y reconstruir el tejido social, animar y renovar los “cuerpos intermedios” en y por los cuales el hombre puede ser, participar y satisfacer sus justas exigencias» (Conferencia Episcopal Española, *Los cristianos laicos, Iglesia en el mundo*, 63).

«La comunidad política está esencialmente al servicio de la sociedad civil y, en último análisis, de las personas y los grupos que la componen. La sociedad civil, por tanto, no puede considerarse un mero apéndice o una variable de la comunidad política: al contrario, ella tiene la preeminencia, ya que es precisamente la sociedad civil la que justifica la existencia de la comunidad política» (*Compendio de la doctrina social de la Iglesia*, 418).

«Una estructura social de orden superior no debe interferir en la vida interna de un grupo social de orden inferior, privándola de sus competencias, sino que más bien debe sostenerla en caso de necesidad y ayudarla a coordinar su acción con la de los demás componentes sociales, con miras al bien común» (Juan Pablo II, *Centesimus annus*, 48).

La comunidad política debe regular sus relaciones con la sociedad civil según el principio de subsidiariedad: es esencial que el crecimiento de la vida democrática comience en el tejido social» (*Compendio de la doctrina social de la Iglesia*, 419).

3.5. Partidos políticos y cuerpos intermedios. El principio de participación

- La participación en la vida política es un derecho y un deber de todos.

«La participación se expresa, esencialmente, en una serie de actividades mediante las cuales el ciudadano, como individuo o asociado a otros, directamente o por medio de los propios repre-





sentantes, contribuye a la vida cultural, económica, política y social de la comunidad civil a la que pertenece. La participación es un deber que todos han de cumplir conscientemente, en modo responsable y con vistas al bien común» (Ídem, 189).

- Los partidos políticos no son un fin en sí mismo; son herramientas al servicio de la participación política y de la búsqueda del bien común.

«Los partidos políticos tienen la tarea de favorecer una amplia participación y el acceso de todos a las responsabilidades públicas. Los partidos están llamados a interpretar las aspiraciones de la sociedad civil orientándolas al bien común, ofreciendo a los ciudadanos la posibilidad efectiva de concurrir a la formación de las opciones políticas. Los partidos deben ser democráticos en su estructura interna, capaces de síntesis política y con visión de futuro» (Ídem, n.º 413).

«Los partidos políticos deben promover todo lo que a su juicio exige el bien común; nunca, sin embargo, está permitido anteponer intereses propios al bien común» (Concilio Vaticano II, *La Iglesia en el mundo actual*, 75).

- La autoridad política tiene la noble misión de respetar y tutelar el protagonismo de las personas y cuerpos intermedios

«La autoridad política debe garantizar la vida ordenada y recta de la comunidad, sin suplantarse la libre actividad de las personas y de los grupos, sino disciplinándola y orientándola hacia la realización del bien común, respetando y tutelando la independencia de los sujetos individuales y sociales» (*Compendio de la doctrina social de la Iglesia*, 394).



3.6. Cuando la verdad del ser humano anda en juego, la fe no es neutral

- La fe en el Dios de Jesucristo tiene consecuencias sociales y políticas concretas. La fe no es un asunto meramente privado. Por ejemplo:
 - La fe cristiana no es neutral frente a situaciones donde anda en juego el respeto a la dignidad de la persona, especialmente de la más vulnerable («El sábado ha sido hecho para el hombre y no el hombre para el sábado», Marcos 2,27).
 - La fe concibe el poder como servicio y no como dominación («Entre vosotros, el más importante ha de ser como el menor, y el que manda como el que sirve», Lucas 22,26).
 - La fe defiende siempre el respeto del adversario («Amad a vuestros enemigos y orad por los que os persiguen. De este modo seréis dignos hijos de vuestro Padre celestial, que hace salir el sol sobre buenos y malos, y manda la lluvia sobre justos e injustos», Mateo 5,44-45).
 - La fe apuesta por la apertura a lo universal frente a todo nacionalismo estrecho y frente a todo racismo («Dios no hace distinción de personas, sino que, en cualquier nación, el que respeta a

Dios y obra rectamente le es grato»,
Hechos de Apóstoles 10,34-35).

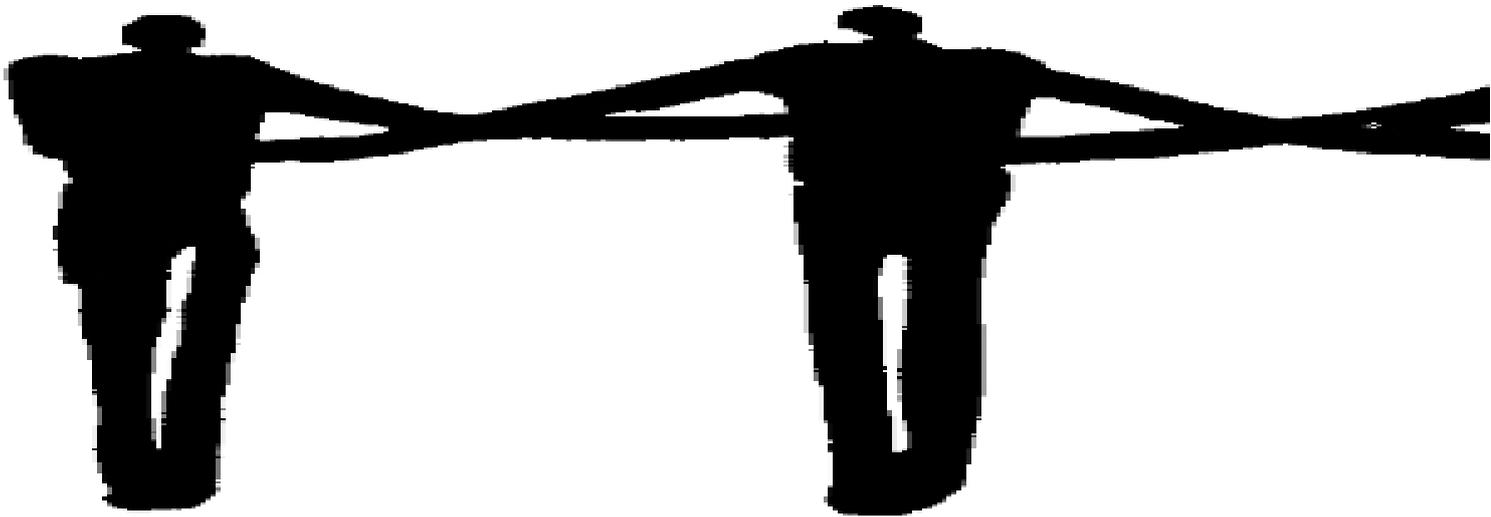
- La fe insiste en el destino universal de los bienes de la tierra («Si alguien que tiene bienes de este mundo ve a su hermano en necesidad y no se apiada de él, ¿cómo puede permanecer en él el amor de Dios?», 1 Juan 3,17)

3.7. Opción preferencial por los pobres

- El ejercicio de la política se dignifica también cuando procura responder a las necesidades y derechos de los más pobres de nuestra sociedad (el llamado Cuarto Mundo) y a las necesidades y derechos de los más pobres del planeta.
- En concreto, la lucha contra las causas del hambre y la pobreza en el mundo han de ser, al comienzo del tercer milenio, una prioridad en la agenda de toda la sociedad y de todos los agentes políticos.

«El principio del destino universal de los bienes exige que se vele con particular solicitud por los pobres, por aquellos que se encuentran en situaciones de marginación y, en cualquier caso, por las personas cuyas condiciones de vida les impiden un crecimiento adecuado. A este propósito se debe reafirmar, con toda su fuerza, la opción preferencial por los pobres» (*Compendio de la doctrina social de la Iglesia*, 182).





3.8. Independencia y colaboración

- La Iglesia valora la política y los partidos políticos, pero no se identifica plenamente con nadie; debe mantener frente a todos una distancia crítica. Desea colaborar con todos para el bien de la población, pero manteniendo siempre su independencia.

«La iglesia y la comunidad política, si bien se expresan ambas con estructuras organizativas visibles, son de naturaleza diferente, tanto por su configuración como por las finalidades que persiguen. El Concilio Vaticano II ha reafirmado solemnemente que “la comunidad política y la Iglesia son independientes y autónomas, cada una en su propio terreno”» (Ídem, 424).

«Aunque los proyectos sociales de los cristianos han de estar siempre inspirados en los valores del Evangelio, ninguno de ellos puede arrogarse ser traducción necesaria y obligatoria de la moral evangélica para todos los demás cristianos» (Conferencia Episcopal Española, *Los Católicos en la Vida Pública*, 76).

«Los cristianos debemos conservar siempre una distancia crítica respecto de cualquier ideología o

mediación socio-política para mantenernos fieles a la fe y no transferir al partido, al programa o a la ideología el reconocimiento y la confianza que solamente podemos poner en Dios, en su gracia y en sus promesas. Esta observación es particularmente importante, pues es difícil que alguien deje de estar influenciado por alguna ideología de un signo u otro» (Ídem, 79).

- La Iglesia no es un agente político más, no tiene ni competencia técnica propia ni poder institucional con finalidad política; pero la Iglesia, de acuerdo con su identidad, no es ni puede ser indiferente ante la búsqueda de una sociedad más justa y ante el ejercicio concreto de la política.

«La Iglesia no puede ni debe emprender por cuenta propia la empresa política de realizar la sociedad más justa posible. No puede ni debe sustituir al Estado. Pero tampoco puede ni debe quedarse al margen en la lucha por la justicia... La sociedad justa no puede ser obra de la Iglesia, sino de la política. No obstante, le interesa sobremedida trabajar por la justicia esforzándose por abrir la inteligencia y la voluntad a las exigencias del bien» (Benedicto XVI, encíclica *Dios es amor*, 28).

«La Iglesia comparte con los hombres de nuestro tiempo este profundo y ardiente deseo de una vida



justa bajo todos los aspectos» (Juan Pablo II, *Dives in misericordia*, 12 b).

«La Iglesia en su conjunto, como comunidad, no tiene competencias ni atribuciones políticas... La Iglesia no es y no quiere ser un agente político. Al mismo tiempo tiene un profundo interés por el bien de la comunidad política, cuya alma es la justicia» (Conferencia Episcopal Española, *Orientaciones morales ante la situación actual de España*, 47).

3.9. Especial responsabilidad de los fieles laicos

- La vocación del laico se explicita también en la vocación política. La vida teológica del cristiano tiene una dimensión social y aun política que nace de la fe.
- Los fieles laicos tienen el derecho y el deber de participar en la vida social y política de acuerdo con su conciencia y sus convicciones religiosas y morales (cf. *Ídem*, 48).

«A los laicos corresponde, por su propia vocación, tratar de obtener el Reino de Dios gestionando los asuntos temporales y ordenándolos según Dios» (Concilio Vaticano II, *Constitución dogmática sobre la Iglesia*, 31).

«El cristiano laico en particular, formado en la escuela de la Eucaristía, está llamado a asumir directamente la propia responsabilidad política y social» (Benedicto XVI, exhortación apostólica *El Sacramento de la caridad*, 91).

«El deber inmediato de actuar a favor de un orden justo en la sociedad es más bien propio de los fieles laicos» (Benedicto XVI, *Dios es amor*, 29).

«En esta participación activa y responsable en la vida pública y política, los católicos actúan bajo su responsabilidad personal, son libres de escoger las instituciones y los medios temporales que les parezcan más adecuados y conformes con los objetivos y valores del bien común, tal como lo perciben con los recursos comunes de la razón y la iluminación que reciben de la revelación de Dios aceptada por la fe» (Conferencia Episcopal Española, *Orientaciones morales ante la situación actual de España*, 50).

«Deseamos... animar a los católicos a participar activamente en la vida social y pública manteniendo la integridad de la fe y la coherencia de la vida cristiana» (*Ídem*, 4).

3.10. Una misma fe, distintos compromisos políticos

- De la misma fe en el Dios de Jesucristo, pueden derivarse distintos compromisos políticos. La Iglesia reconoce la legítima pluralidad y complementariedad de las opciones políticas de los católicos, pero no una pluralidad absoluta o indiscriminada. Esa pluralidad queda limitada por el respeto a los derechos y la dignidad de todas las personas y por una comprensión positiva de la apertura a la transcendencia. Ningún programa político puede pre-

tender encarnar y agotar toda la novedad del Evangelio.

«El cristiano debe reconocer la legítima pluralidad de opiniones temporales discrepantes y debe respetar a los ciudadanos que, aun agrupados, defienden lealmente su manera de ver» (Concilio Vaticano II, *La Iglesia en el mundo actual*, 75).

«Si es verdad que los católicos pueden apoyar partidos diferentes y militar en ellos, también es cierto que no todos los programas son igualmente compatibles con la fe y las exigencias de la vida cristiana, ni son tampoco igualmente cercanos y proporcionados a los objetivos y valores que los cristianos deben promover en la vida pública» (Conferencia Episcopal Española, *Orientaciones morales ante la situación actual de España*, 50).



SUGERENCIAS DE AVANCE

4

EL «ACTUAR»



A) Hacia una sociedad más participativa y crítica

- 4.1. La creación de espacios y plataformas de reflexión, análisis, debate y elaboración de propuestas sobre los problemas que preocupan a la sociedad.
- 4.2. El fomento de todo tipo de asociacionismo (los llamados cuerpos intermedios), que favorece la responsabilidad y la participación y dificulta el riesgo de abuso de unos pocos. El principio de subsidiariedad será siempre una garantía de la salud y calidad de nuestra democracia.
- 4.3. La superación de un asociacionismo atomizado, favoreciendo la confluencia de asociaciones y trabajando conjuntamente objetivos más generales (presupuestos participativos, objetivos del Milenio...).
- 4.4. La búsqueda de nuevas experiencias donde el ejercicio de la democracia política sea compatible con algunos pasos en el ejercicio de la democracia económica.
- 4.5. En los medios de comunicación social se deben propiciar actitudes de transparencia informativa, respeto a las personas e instituciones, crítica constructiva e independencia política.





B) Hacia una comprensión positiva y una rehabilitación de la política

- 4.6. Es muy recomendable una re-moralización (primacía de los valores) de la vida social y política, deslegitimando toda forma de corrupción política.
- 4.7. El estímulo de actitudes y comportamientos democráticos: aprender a conocer y a reconocer al otro; privilegiar el debate sobre el combate; ejercitar el diálogo; hacer prevalecer la razón sobre la pasión; desterrar la descalificación del adversario, la mentira y la violencia...
- 4.8. «Mandar obedeciendo». El compromiso de las autoridades de escuchar, acoger y estudiar las sensibilidades y sugerencias de la población civil.
- 4.9. La generalización de ciertas prácticas democráticas ya presentes en algunos lugares: los llamados presupuestos participativos, los Consejos Municipales de Participación, la intervención de la ciudadanía en plenos municipales y parlamentos, las iniciativas legislativas populares...
- 4.10. La reforma de la ley electoral, después de un amplio debate y consenso social, teniendo muy en cuenta las experiencias positivas de otros países y las limitaciones y valores de nuestro actual modelo.

información y difusión de las buenas prácticas políticas, evitando dar demasiada cancha a las descalificaciones, exabruptos...

- 4.15. El aumento de la sensibilidad hacia los pobres de aquí y del Tercer Mundo, incidiendo especialmente en las causas que provocan el hambre, la pobreza, la guerra, la injusticia...

C) Hacia una presencia más significativa de cristianos laicos en la vida pública

- 4.16. El reconocimiento del compromiso político como «vocación» (llamada personal de Dios al servicio de la construcción de la sociedad a la medida del proyecto de Dios sobre el hombre).
- 4.17. La intensificación de las ofertas de formación integral que preparen para el compromiso político, insistiendo en el diálogo fe-vida, fe-justicia, fe-verdad, fe-cultura.
- 4.18. El reconocimiento y el acompañamiento eclesial a los fieles laicos comprometidos en el campo de la política, para que vivan la comunión eclesial y su compromiso signifique realmente los valores que brotan del Evangelio.
- 4.19. El ejercicio de la crítica utópica.

D) Una Iglesia que propone la novedad del Evangelio

- 4.20. La mejor aportación que la Iglesia puede hacer a la construcción de la sociedad es la vivencia y el anuncio de la buena noticia de Jesucristo. Acoger y proponer honestamente a Jesucristo se convierte en fuente de utopía y humanización.
- 1.21. Desde el reconocimiento de la autonomía de las realidades temporales, la Iglesia ha de estar atenta para aportar en cada circunstancia lo que más convenga (p.e. en tiempos de crispación y polarización, la Iglesia subrayará su condición de sacramento de unidad; en tiempos de pensamiento débil, la Iglesia se empeñará en la búsqueda apasionada de la verdad; en una sociedad que vuelve la espalda a los pobres, la Iglesia intensificará su opción preferencial por los pobres; en una sociedad muy materializada, la Iglesia educará en la apertura a la Transcendencia y en el valor de lo gratuito; en una cultura de la muerte, la Iglesia apostará decididamente por la vida; en una sociedad donde impera lo efímero y lo banal, la Iglesia invitará a centrarnos en lo permanente y esencial...).
- 1.22. La Iglesia recuerda permanentemente que la construcción de una sociedad civil, basada en la justicia y en la dignidad



inviolable del ser humano, es también vocación y responsabilidad de todos y cada uno de los cristianos.

1.23. La divulgación y puesta en práctica de la Doctrina Social de la Iglesia (cf. Benedicto XVI, *El Sacramento*

de la caridad, 91). «Para la Iglesia el mensaje social del Evangelio no debe considerarse como una teoría, sino, por encima de todo, un fundamento y un estímulo para la acción» (Juan Pablo II, *Centesimus annus*, 57).

5

EPÍLOGO



Santo Tomás Moro (1478-1535), político y humanista inglés, fue declarado por Juan Pablo II el 31 de octubre del año 2000 patrón de los políticos y gobernantes, a instancias del entonces presidente de la República italiana, Francesco Cossiga, y de numerosos parlamentarios y políticos de diferentes países.

En su obra más famosa, *Utopía*, plasmó santo Tomás Moro su sueño de una sociedad ideal. Ojalá que su intercesión nos ayude a avanzar en la noble tarea de mejorar nuestra sociedad; ojalá que su testimonio nos anime a cualificar el ejercicio de la política aquí y ahora; y ojalá que este trabajo sea una ocasión para volvérselo a plantear.

**DELEGACIÓN DE ACCIÓN SOCIAL Y CARITATIVA
Y SECRETARIADO DE PASTORAL OBRERA**
Diócesis de Orihuela-Alicante
Enero 2008



ANEXO

***COMPENDIO DE LA DOCTRINA
SOCIAL DE LA IGLESIA***

PONTIFICIO CONSEJO JUSTICIA Y PAZ



CAPÍTULO VIII

LA COMUNIDAD POLÍTICA

CAPÍTULO OCTAVO

LA COMUNIDAD POLÍTICA

1. ASPECTOS BÍBLICOS

a) El señorío de Dios

377 *El pueblo de Israel, en la fase inicial de su historia, no tiene rey, como los otros pueblos, porque reconoce solamente el señorío de Yahvéh. Dios interviene en la historia a través de hombres carismáticos, como atestigua el Libro de los Jueces. Al último de estos hombres, Samuel, juez y profeta, el pueblo le pedirá un rey (cf. 1 S 8,5; 10,18-19). Samuel advierte a los israelitas las consecuencias de un ejercicio despótico de la realeza (cf. 1 S 8,11-18). El poder real, sin embargo, también se puede experimentar como un don de Yahvéh que viene en auxilio de su pueblo (cf. 1 S 9,16). Al final, Saúl recibirá la unción real (cf. 1 S 10,1-2). El acontecimiento subraya las tensiones que llevaron a Israel a una concepción de la realeza diferente de la de los pueblos vecinos: el rey, elegido por Yahvéh (cf. Dt 17,15; 1 S 9,16) y por él consagrado (cf. 1 S 16,12-13), será visto como su hijo (cf. Sal 2,7) y deberá hacer visible su señorío y su diseño de salvación (cf. Sal 72). Deberá, por tanto, hacerse defensor de los débiles y asegurar al pueblo la justicia: las denuncias de los profetas se dirigirán precisamente a los extravíos de los reyes (cf. 1 R 21; Is 10,1-4; Am 2,6-8; 8,4-8; Mi 3,1-4).*

378 *El prototipo de rey elegido por Yahvéh es David, cuya condición humilde es subrayada con satisfacción por la narración bíblica (cf. 1 S 16,1-13). David es el depositario de la promesa (cf. 2 S 7,13-16; Sal 89,2-38; 132,11-18), que lo hace iniciador de una especial tradición real, la tradición «mesiánica». Ésta, a pesar de todos los pecados y las infidelidades del mismo David y de sus sucesores, culmina en Jesucristo, el «ungido de Yahvéh» (es decir, «consagrado del Señor»: cf. 1 S 2,35; 24,7.11; 26,9.16; ver también Ex 30,22-32) por excelencia, hijo de David (cf. la genealogía en: Mt 1,1-17 y Lc 3,23-38; ver también Rm 1,3).*

El fracaso de la realeza en el plano histórico no llevará a la desaparición del ideal de un rey que, fiel a Yahvéh, gobierne con sabiduría y realice la justicia. Esta esperanza reaparece con frecuencia en los Salmos (cf. Sal 2; 18; 20; 21; 72). En los oráculos mesiánicos se espera para el tiempo escatológico la figura de un rey en quien inhabita el Espíritu del Señor, lleno de sabiduría y capaz de hacer justicia a los pobres (cf. Is 11,2-5; Jr 23,5-6). Verdadero pastor del pueblo de Israel (cf. Ez 34,23-24; 37,24), él traerá la paz a los pueblos (cf. Za 9,9-10). En la literatura sapiencial, el rey es presentado como aquel que pronuncia juicios justos y aborrece la iniquidad (cf. Pr 16,12), juzga

a los pobres con justicia (cf. *Pr* 29,14) y es amigo del hombre de corazón puro (cf. *Pr* 22,11). Poco a poco se va haciendo más explícito el anuncio de cuanto los Evangelios y los demás textos del Nuevo Testamento ven realizado en Jesús de Nazaret, encarnación definitiva de la figura del rey descrita en el Antiguo Testamento.

b) Jesús y la autoridad política

379 *Jesús rechaza el poder opresivo y despótico de los jefes sobre las Naciones* (cf. *Mc* 10,42) y su pretensión de hacerse llamar benefactores (cf. *Lc* 22,25), pero jamás rechaza directamente las autoridades de su tiempo. En la diatriba sobre el pago del tributo al César (cf. *Mc* 12,13-17; *Mt* 22,15-22; *Lc* 20,20-26), afirma que es necesario dar a Dios lo que es de Dios, condenando implícitamente cualquier intento de divinizar y de absolutizar el poder temporal: sólo Dios puede exigir todo del hombre. Al mismo tiempo, el poder temporal tiene derecho a aquello que le es debido: Jesús no considera injusto el tributo al César.

Jesús, el Mesías prometido, ha combatido y derrotado la tentación de un mesianismo político, caracterizado por el dominio sobre las Naciones (cf. *Mt* 4,8-11; *Lc* 4,5-8). Él es el Hijo del hombre que ha venido «a servir y a dar su vida» (*Mc* 10,45; cf. *Mt* 20,24-28; *Lc* 22,24-27). A los discípulos que discuten sobre quién es el más grande, el Señor les enseña a hacerse los últimos y a servir a todos (cf. *Mc* 9,33-35), señalando a los hijos de Zebedeo, Santiago y Juan, que ambicionan sentarse a su derecha, el camino de la cruz (cf. *Mc* 10,35-40; *Mt* 20,20-23).

c) Las primeras comunidades cristianas

380 *La sumisión, no pasiva, sino por razones de conciencia* (cf. *Rm* 13,5), al poder constituido responde al orden establecido por Dios. San Pablo define las relaciones y los deberes de los cristianos hacia las autoridades (cf. *Rm* 13,1-7). Insiste en el deber cívico de pagar los tributos: «Dad a cada cual lo que se le debe: a quien impuestos, impuestos; a quien tributo, tributo; a quien respeto, respeto; a quien honor, honor» (*Rm* 13,7). El Apóstol no intenta ciertamente legitimar todo poder, sino más bien ayudar a los cristianos a «procurar el bien ante todos los hombres» (*Rm* 12,17), incluidas las relaciones con la autoridad, en cuanto está al servicio de Dios para el bien de la persona (cf. *Rm* 13,4; *1 Tm* 2,1-2; *Tt* 3,1) y «para hacer justicia y castigar al que obra el mal» (*Rm* 13,4).

San Pedro exhorta a los cristianos a permanecer sometidos «a causa del Señor, a toda institución humana» (*1 P* 2,13). El rey y sus gobernantes están para el «castigo de los que obran el mal y alabanza de los que obran el bien» (*1 P* 2,14). Su autoridad debe ser «honrada» (cf. *1 P* 2,17), es decir reconocida, porque Dios exige un comportamiento recto, que cierre «la boca a los ignorantes insensatos» (*1 P* 2,15). La libertad no puede ser usada para cubrir la propia maldad, sino para servir a Dios (cf. *1 P* 2,16). Se trata entonces de una obediencia libre y responsable a una autoridad que hace respetar la justicia, asegurando el bien común.

381 *La oración por los gobernantes, recomendada por San Pablo durante las*

persecuciones, señala explícitamente lo que debe garantizar la autoridad política: una vida pacífica y tranquila, que transcurra con toda piedad y dignidad (1 Tm 2,1-2). Los cristianos deben estar «prontos para toda obra buena» (Tt 3,1), «mostrando una perfecta mansedumbre con todos los hombres» (Tt 3,2), conscientes de haber sido salvados no por sus obras, sino por la misericordia de Dios. Sin el «baño de regeneración y de renovación del Espíritu Santo, que él derramó sobre nosotros con largueza por medio de Jesucristo nuestro Salvador» (Tt 3,5-6), todos los hombres son «insensatos, desobedientes, descarriados, esclavos de toda suerte de pasiones y placeres, viviendo en malicia y envidia, aborrecibles y aborreciéndonos unos a otros» (Tt 3,3). No se debe olvidar la miseria de la condición humana, marcada por el pecado y rescatada por el amor de Dios.

382 *Cuando el poder humano se extralimita del orden querido por Dios, se auto-diviniza y reclama absoluta sumisión: se convierte entonces en la Bestia del Apocalipsis, imagen del poder imperial perseguidor, ebrio de «la sangre de los santos y la sangre de los mártires de Jesús» (Ap 17,6).* La Bestia tiene a su servicio al «falso profeta» (Ap 19,20), que mueve a los hombres a adorarla con portentos que seducen. Esta visión señala proféticamente todas las insidias usadas por Satanás para gobernar a los hombres, insinuándose en su espíritu con la mentira. Pero Cristo es el Cordero Vencedor de todo poder que en el curso de la historia humana se absolutiza. Frente a este poder, San Juan recomienda la resistencia de los mártires: de este modo los creyentes dan testimonio

de que el poder corrupto y satánico ha sido vencido, porque no tiene ninguna influencia sobre ellos.

383 *La Iglesia anuncia que Cristo, vencedor de la muerte, reina sobre el universo que Él mismo ha rescatado. Su Reino incluye también el tiempo presente y terminará sólo cuando todo será consignado al Padre y la historia humana se concluirá con el juicio final (cf. 1 Co 15,20-28).* Cristo revela a la autoridad humana, siempre tentada por el dominio, que su significado auténtico y pleno es de servicio. Dios es Padre único y Cristo único maestro para todos los hombres, que son hermanos. La soberanía pertenece a Dios. El Señor, sin embargo, «no ha querido retener para Él solo el ejercicio de todos los poderes. Entrega a cada criatura las funciones que es capaz de ejercer, según las capacidades de su naturaleza. Este modo de gobierno debe ser imitado en la vida social. El comportamiento de Dios en el gobierno del mundo, que manifiesta tanto respeto a la libertad humana, debe inspirar la sabiduría de los que gobiernan las comunidades humanas. Estos deben comportarse como ministros de la providencia divina».⁷⁷³

El mensaje bíblico inspira incesantemente el pensamiento cristiano sobre el poder político, recordando que éste procede de Dios y es parte integrante del orden creado por Él. Este orden es percibido por las conciencias y se realiza, en la vida social, mediante la verdad, la justicia, la libertad y la solidaridad que procuran la paz.⁷⁷⁴

2. EL FUNDAMENTO Y EL FIN DE LA COMUNIDAD POLÍTICA

a) Comunidad política, persona humana y pueblo

384 *La persona humana es el fundamento y el fin de la convivencia política.*⁷⁷⁵ Dotado de racionalidad, el hombre es responsable de sus propias decisiones y capaz de perseguir proyectos que dan sentido a su vida, en el plano individual y social. La apertura a la Trascendencia y a los demás es el rasgo que la caracteriza y la distingue: sólo en relación con la Trascendencia y con los demás, la persona humana alcanza su plena y completa realización. Esto significa que por ser una criatura social y política por naturaleza, «la vida social no es, pues, para el hombre sobrecarga accidental»,⁷⁷⁶ sino una dimensión esencial e ineludible.

*La comunidad política deriva de la naturaleza de las personas, cuya conciencia «descubre y manda observar estrictamente»*⁷⁷⁷ el orden inscrito por Dios en todas sus criaturas: se trata de «una ley moral basada en la religión, la cual posee capacidad muy superior a la de cualquier otra fuerza o utilidad material para resolver los problemas de la vida individual y social, así en el interior de las Naciones como en el seno de la sociedad internacional».⁷⁷⁸ Este orden debe ser gradualmente descubierto y desarrollado por la humanidad. La comunidad política, realidad connatural a los hombres, existe para obtener un fin de otra manera inalcanzable: el crecimiento más pleno de cada uno de sus miembros, llamados a colaborar establemente para realizar el bien común,⁷⁷⁹ bajo el impulso de su natural inclinación hacia la verdad y el bien.

385 *La comunidad política encuentra en la referencia al pueblo su auténtica dimensión:* ella «es, y debe ser en realidad, la unidad orgánica y organizadora de un verdadero pueblo».⁷⁸⁰ El pueblo no es una multitud amorfa, una masa inerte para manipular e instrumentalizar, sino un conjunto de personas, cada una de las cuales —«en su propio puesto y según su manera propia»⁷⁸¹ — tiene la posibilidad de formar su opinión acerca de la cosa pública y la libertad de expresar su sensibilidad política y hacerla valer de manera conveniente al bien común. El pueblo «vive de la plenitud de vida de los hombres que lo componen, cada uno de los cuales... es una persona consciente de su propia responsabilidad y de sus propias convicciones».⁷⁸² Quienes pertenecen a una comunidad política, aun estando unidos *orgánicamente* entre sí como pueblo, conservan, sin embargo, una insuprimible *autonomía* en su existencia personal y en los fines que persiguen.

386 *Lo que caracteriza en primer lugar a un pueblo es el hecho de compartir la vida y los valores, fuente de comunión espiritual y moral:* «La sociedad humana... tiene que ser considerada, ante todo, como una realidad de orden principalmente espiritual: que impulse a los hombres, iluminados por la verdad, a comunicarse entre sí los más diversos conocimientos; a defender sus derechos y cumplir sus deberes; a desear los bienes del espíritu; a disfrutar en común del justo placer de la belleza en todas sus manifestaciones; a sentirse inclinados continuamente a compartir con los demás lo

mejor de sí mismos; a asimilar con afán, en provecho propio, los bienes espirituales del prójimo. Todos estos valores informan y, al mismo tiempo, dirigen las manifestaciones de la cultura, de la economía, de la convivencia social, del progreso y del orden político, del ordenamiento jurídico y, finalmente, de cuantos elementos constituyen la expresión externa de la comunidad humana en su incesante desarrollo». ⁷⁸³

387 *A cada pueblo corresponde normalmente una Nación, pero, por diversas razones, no siempre los confines nacionales coinciden con los étnicos.*⁷⁸⁴ *Surge así la cuestión de las minorías, que históricamente han dado lugar a no pocos conflictos. El Magisterio afirma que las minorías constituyen grupos con específicos derechos y deberes. En primer lugar, un grupo minoritario tiene derecho a la propia existencia: «Este derecho puede no ser tenido en cuenta de modos diversos, pudiendo llegar hasta el extremo de ser negado mediante formas evidentes o indirectas de genocidio».*⁷⁸⁵ *Además, las minorías tienen derecho a mantener su cultura, incluida la lengua, así como sus convicciones religiosas, incluida la celebración del culto. En la legítima reivindicación de sus derechos, las minorías pueden verse empujadas a buscar una mayor autonomía o incluso la independencia: en estas delicadas circunstancias, el diálogo y la negociación son el camino para alcanzar la paz. En todo caso, el recurso al terrorismo es injustificable y dañaría la causa que se pretende defender. Las minorías tienen también deberes que cumplir, entre los cuales se encuentra, sobre todo, la cooperación al bien común del Estado en que se hallan insertos. En*

particular, «el grupo minoritario tiene el deber de promover la libertad y la dignidad de cada uno de sus miembros y de respetar las decisiones de cada individuo, incluso cuando uno de ellos decidiera pasar a la cultura mayoritaria».⁷⁸⁶

b) Tutelar y promover los derechos humanos

388 *Considerar a la persona humana como fundamento y fin de la comunidad política significa trabajar, ante todo, por el reconocimiento y el respeto de su dignidad mediante la tutela y la promoción de los derechos fundamentales e inalienables del hombre: «En la época actual se considera que el bien común consiste principalmente en la defensa de los derechos y deberes de la persona humana».*⁷⁸⁷ *En los derechos humanos están condensadas las principales exigencias morales y jurídicas que deben presidir la construcción de la comunidad política. Estos constituyen una norma objetiva que es el fundamento del derecho positivo y que no puede ser ignorada por la comunidad política, porque la persona es, desde el punto de vista ontológico y como finalidad, anterior a aquélla: el derecho positivo debe garantizar la satisfacción de las exigencias humanas fundamentales.*

389 *La comunidad política tiende al bien común cuando actúa a favor de la creación de un ambiente humano en el que se ofrezca a los ciudadanos la posibilidad del ejercicio real de los derechos humanos y del cumplimiento pleno de los respectivos deberes: «De hecho, la experiencia enseña que,*

cuando falta una acción apropiada de los poderes públicos en lo económico, lo político o lo cultural, se produce entre los ciudadanos, sobre todo en nuestra época, un mayor número de desigualdades en sectores cada vez más amplios, resultando así que los derechos y deberes de la persona humana carecen de toda eficacia práctica». ⁷⁸⁸

La plena realización del bien común requiere que la comunidad política desarrolle, en el ámbito de los derechos humanos, una doble y complementaria acción, de defensa y de promoción: debe «evitar, por un lado, que la preferencia dada a los derechos de algunos particulares o de determinados grupos venga a ser origen de una posición de privilegio en la Nación, y para soslayar, por otro, el peligro de que, por defender los derechos de todos, incurran en la absurda posición de impedir el pleno desarrollo de los derechos de cada uno». ⁷⁸⁹

c) La convivencia basada en la amistad civil

390 *El significado profundo de la convivencia civil y política no surge inmediatamente del elenco de los derechos y deberes de la persona. Esta convivencia adquiere todo su significado si está basada en la amistad civil y en la fraternidad.* ⁷⁹⁰ El campo del derecho, en efecto, es el de la tutela del interés y el respeto exterior, el de la protección de los bienes materiales y su distribución según reglas establecidas. El campo de la amistad, por el contrario, es el del desinterés, el desapego de los bienes materiales, la donación, la disponibilidad interior a las exigencias del otro. ⁷⁹¹ *La amistad civil,* ⁷⁹² así entendida,

es la actuación más auténtica del principio de fraternidad, que es inseparable de los de libertad y de igualdad. ⁷⁹³ Se trata de un principio que se ha quedado en gran parte sin practicar en las sociedades políticas modernas y contemporáneas, sobre todo a causa del influjo ejercido por las ideologías individualistas y colectivistas.

391 *Una comunidad está sólidamente fundada cuando tiende a la promoción integral de la persona y del bien común. En este caso, el derecho se define, se respeta y se vive también según las modalidades de la solidaridad y la dedicación al prójimo.* La justicia requiere que cada uno pueda gozar de sus propios bienes, de sus propios derechos, y puede ser considerada como la medida mínima del amor. ⁷⁹⁴ La convivencia es tanto más humana cuanto más está caracterizada por el esfuerzo hacia una conciencia más madura del ideal al que ella debe tender, que es la «civilización del amor». ⁷⁹⁵

El hombre es una persona, no sólo un individuo. ⁷⁹⁶ *Con el término «persona» se indica «una naturaleza dotada de inteligencia y de libre albedrío»:* ⁷⁹⁷ *es por tanto una realidad muy superior a la de un sujeto que se expresa en las necesidades producidas por la sola dimensión material.* La persona humana, en efecto, aun cuando participa activamente en la tarea de satisfacer las necesidades en el seno de la sociedad familiar, civil y política, no encuentra su plena realización mientras no supera la lógica de la necesidad para proyectarse en la de la gratuidad y del don, que responde con mayor plenitud a su esencia y vocación comunitarias.

392 *El precepto evangélico de la caridad*

ilumina a los cristianos sobre el significado más profundo de la convivencia política. La mejor manera de hacerla verdaderamente humana «es fomentar el sentido interior de la justicia, de la benevolencia y del servicio al bien común y robustecer las convicciones fundamentales en lo que toca a la naturaleza verdadera de la comunidad política y al fin, recto ejercicio y límites de los poderes públi-

*cos».*⁷⁹⁸ El objetivo que los creyentes deben proponerse es *la realización de relaciones comunitarias entre las personas*. La visión cristiana de la sociedad política otorga la máxima importancia al valor de la *comunidad*, ya sea como modelo organizativo de la convivencia, ya sea como estilo de vida cotidiana.

3. LA AUTORIDAD POLÍTICA

a) El fundamento de la autoridad política

393 *La Iglesia se ha confrontado con diversas concepciones de la autoridad, teniendo siempre cuidado de defender y proponer un modelo fundado en la naturaleza social de las personas: «En efecto, como Dios ha creado a los hombres sociales por naturaleza y ninguna sociedad puede conservarse sin un jefe supremo que mueva a todos y a cada uno con un mismo impulso eficaz, encaminado al bien común, resulta necesaria en toda sociedad humana una autoridad que la dirija; una autoridad que, como la misma sociedad, surge y deriva de la naturaleza, y, por tanto, del mismo Dios, que es su autor».*⁷⁹⁹ *La autoridad política es por tanto necesaria,*⁸⁰⁰ *en razón de las tareas que se le asignan y debe ser un componente positivo e insustituible de la convivencia civil.*⁸⁰¹

394 *La autoridad política debe garantizar la vida ordenada y recta de la comunidad, sin suplantar la libre actividad de las personas y de los grupos, sino disciplinándola*

y orientándola hacia la realización del bien común, respetando y tutelando la independencia de los sujetos individuales y sociales. La autoridad política es el instrumento de coordinación y de dirección mediante el cual los particulares y los cuerpos intermedios se deben orientar hacia un orden cuyas relaciones, instituciones y procedimientos estén al servicio del crecimiento humano integral. El ejercicio de la autoridad política, en efecto, «así en la comunidad en cuanto tal como en las instituciones representativas, debe realizarse siempre dentro de los límites del orden moral para procurar el bien común —concebido dinámicamente— según el orden jurídico legítimamente establecido o por establecer. Es entonces cuando los ciudadanos están obligados en conciencia a obedecer».⁸⁰²

395 *El sujeto de la autoridad política es el pueblo, considerado en su totalidad como titular de la soberanía.* El pueblo transfiere de diversos modos el ejercicio de su soberanía a aquellos que elige libremente como sus representantes, pero conserva la facultad de

ejercitarla en el control de las acciones de los gobernantes y también en su sustitución, en caso de que no cumplan satisfactoriamente sus funciones. Si bien esto es un derecho válido en todo Estado y en cualquier régimen político, el sistema de la democracia, gracias a sus procedimientos de control, permite y garantiza su mejor actuación.⁸⁰³ El solo consenso popular, sin embargo, no es suficiente para considerar justas las modalidades del ejercicio de la autoridad política.

b) La autoridad como fuerza moral

396 *La autoridad debe dejarse guiar por la ley moral: toda su dignidad deriva de ejercitarla en el ámbito del orden moral,*⁸⁰⁴ «que tiene a Dios como primer principio y último fin».⁸⁰⁵ En razón de la necesaria referencia a este orden, que la precede y la funda, de sus finalidades y destinatarios, la autoridad no puede ser entendida como una fuerza determinada por criterios de carácter puramente sociológico e histórico: «Hay, en efecto, quienes osan negar la existencia de una ley moral objetiva, superior a la realidad externa y al hombre mismo, absolutamente necesaria y universal y, por último, igual para todos. Por esto, al no reconocer los hombres una única ley de justicia con valor universal, no pueden llegar en nada a un acuerdo pleno y seguro».⁸⁰⁶ En este orden, «si se niega la idea de Dios, esos preceptos necesariamente se desintegran por completo».⁸⁰⁷ Precisamente de este orden proceden la fuerza que la autoridad tiene para obligar⁸⁰⁸ y su legitimidad moral;⁸⁰⁹ no del arbitrio o de la voluntad de poder,⁸¹⁰ y tiene el deber

de traducir este orden en acciones concretas para alcanzar el bien común.⁸¹¹

397 *La autoridad debe reconocer, respetar y promover los valores humanos y morales esenciales.* Estos son innatos, «derivan de la verdad misma del ser humano y expresan y tutelan la dignidad de la persona. Son valores, por tanto, que ningún individuo, ninguna mayoría y ningún Estado nunca pueden crear, modificar o destruir».⁸¹² Estos valores no se fundan en «mayorías» de opinión, provisionales y mudables, sino que deben ser simplemente reconocidos, respetados y promovidos como elementos de una ley moral objetiva, ley natural inscrita en el corazón del hombre (cf. *Rm 2,15*), y punto de referencia normativo de la misma ley civil.⁸¹³ Si, a causa de un trágico oscurecimiento de la conciencia colectiva, el escepticismo lograra poner en duda los principios fundamentales de la ley moral,⁸¹⁴ el mismo ordenamiento estatal quedaría desprovisto de sus fundamentos, reduciéndose a un puro mecanismo de regulación pragmática de los diversos y contrapuestos intereses.⁸¹⁵

398 *La autoridad debe emitir leyes justas, es decir, conformes a la dignidad de la persona humana y a los dictámenes de la recta razón:* «En tanto la ley humana es tal en cuanto es conforme a la recta razón y por tanto deriva de la ley eterna. Cuando por el contrario una ley está en contraste con la razón, se le denomina ley inicua; en tal caso cesa de ser ley y se convierte más bien en un acto de violencia».⁸¹⁶ La autoridad que gobierna según la razón pone al ciudadano en relación no tanto de sometimiento con respecto a otro hombre, cuanto más bien

de obediencia al orden moral y, por tanto, a Dios mismo que es su fuente última.⁸¹⁷ Quien rechaza obedecer a la autoridad que actúa según el orden moral «se rebela contra el orden divino» (Rm 13,2).⁸¹⁸ Análogamente la autoridad pública, que tiene su fundamento en la naturaleza humana y pertenece al orden preestablecido por Dios,⁸¹⁹ si no actúa en orden al bien común, desatiende su fin propio y por ello mismo se hace ilegítima.

c) El derecho a la objeción de conciencia

399 *El ciudadano no está obligado en conciencia a seguir las prescripciones de las autoridades civiles si éstas son contrarias a las exigencias del orden moral, a los derechos fundamentales de las personas o a las enseñanzas del Evangelio.*⁸²⁰ Las leyes injustas colocan a la persona moralmente recta ante dramáticos problemas de conciencia: *cuando son llamados a colaborar en acciones moralmente ilícitas, tienen la obligación de negarse.*⁸²¹ Además de ser un deber moral, este rechazo es también un derecho humano elemental que, precisamente por ser tal, la misma ley civil debe reconocer y proteger: «Quien recurre a la objeción de conciencia debe estar a salvo no sólo de sanciones penales, sino también de cualquier daño en el plano legal, disciplinar, económico y profesional».⁸²²

Es un grave deber de conciencia no prestar colaboración, ni siquiera formal, a aquellas prácticas que, aun siendo admitidas por la legislación civil, están en contraste con la ley de Dios. Tal cooperación, en efecto, no puede ser jamás justificada, ni invocando el

respeto de la libertad de otros, ni apoyándose en el hecho de que es prevista y requerida por la ley civil. Nadie puede sustraerse jamás a la responsabilidad moral de los actos realizados y sobre esta responsabilidad cada uno será juzgado por Dios mismo (cf. Rm 2,6; 14,12).

d) El derecho de resistencia

400 *Reconocer que el derecho natural funda y limita el derecho positivo significa admitir que es legítimo resistir a la autoridad en caso de que ésta viole grave y repetidamente los principios del derecho natural.* Santo Tomás de Aquino escribe que «se está obligado a obedecer ... por cuanto lo exige el orden de la justicia».⁸²³ El fundamento del derecho de resistencia es, pues, el derecho de naturaleza.

Las expresiones concretas que la realización de este derecho puede adoptar son diversas. También pueden ser diversos los fines perseguidos. La resistencia a la autoridad se propone confirmar la validez de una visión diferente de las cosas, ya sea cuando se busca obtener un cambio parcial, por ejemplo, modificando algunas leyes, ya sea cuando se lucha por un cambio radical de la situación.

401 *La doctrina social indica los criterios para el ejercicio del derecho de resistencia: «La resistencia a la opresión de quienes gobiernan no podrá recurrir legítimamente a las armas sino cuando se reúnan las condiciones siguientes: 1) en caso de violaciones ciertas, graves y prolongadas de los derechos fundamentales; 2) después de haber agotado*

todos los otros recursos; 3) sin provocar desórdenes peores; 4) que haya esperanza fundada de éxito; 5) si es imposible prever razonablemente soluciones mejores». ⁸²⁴ La lucha armada debe considerarse un remedio extremo para poner fin a una «tiranía evidente y prolongada que atentase gravemente a los derechos fundamentales de la persona y dañase peligrosamente el bien común del país». ⁸²⁵ La gravedad de los peligros que el recurso a la violencia comporta hoy evidencia que es siempre preferible el camino de la *resistencia pasiva*, «más conforme con los principios morales y no menos prometedor del éxito». ⁸²⁶

e) Infligir las penas

402 *Para tutelar el bien común, la autoridad pública legítima tiene el derecho y el deber de conminar penas proporcionadas a la gravedad de los delitos.* ⁸²⁷ El Estado tiene la doble tarea de *reprimir* los comportamientos lesivos de los derechos del hombre y de las reglas fundamentales de la convivencia civil, y *remediar*, mediante el sistema de las penas, el desorden causado por la acción delictiva. En el *Estado de Derecho*, el poder de infligir penas queda justamente confiado a la Magistratura: «Las Constituciones de los Estados modernos, al definir las relaciones que deben existir entre los poderes legislativo, ejecutivo y judicial, garantizan a este último la independencia necesaria en el ámbito de la ley». ⁸²⁸

403 *La pena no sirve únicamente para defender el orden público y garantizar la seguridad de las personas; ésta se convierte,*

además, en instrumento de corrección del culpable, una corrección que asume también el valor moral de expiación cuando el culpable acepta voluntariamente su pena. ⁸²⁹

La finalidad a la que tiende es doble: por una parte, *favorecer la reinserción de las personas condenadas*; por otra parte, *promover una justicia reconciliadora*, capaz de restaurar las relaciones de convivencia armoniosa rotas por el acto criminal.

En este campo, es importante la actividad que los capellanes de las cárceles están llamados a desempeñar, no sólo desde el punto de vista específicamente religioso, sino también en defensa de la dignidad de las personas detenidas. Lamentablemente, las condiciones en que éstas cumplen su pena no favorecen siempre el respeto de su dignidad. Con frecuencia las prisiones se convierten incluso en escenario de nuevos crímenes. El ambiente de los Institutos Penitenciarios ofrece, sin embargo, un terreno privilegiado para dar testimonio, una vez más, de la solicitud cristiana en el campo social: «Estaba... en la cárcel y vinisteis a verme» (*Mt 25,35-36*).

404 *La actividad de los entes encargados de la averiguación de la responsabilidad penal, que es siempre de carácter personal, ha de tender a la rigurosa búsqueda de la verdad y se ha de ejercer con respeto pleno de la dignidad y de los derechos de la persona humana: se trata de garantizar los derechos tanto del culpable como del inocente. Se debe tener siempre presente el principio jurídico general en base al cual no se puede aplicar una pena si antes no se ha probado el delito.*

En la realización de las averiguaciones

se debe observar escrupulosamente la regla que prohíbe la práctica de la tortura, aun en el caso de los crímenes más graves: «El discípulo de Cristo rechaza todo recurso a tales medios, que nada es capaz de justificar y que envilecen la dignidad del hombre, tanto en quien es la víctima como en quien es su verdugo».⁸³⁰ Los instrumentos jurídicos internacionales que velan por los derechos del hombre indican justamente la prohibición de la tortura como un principio que no puede ser derogado en ninguna circunstancia.

Queda excluido además «el recurso a una detención motivada sólo por el intento de obtener noticias significativas para el proceso».⁸³¹ También, se ha de asegurar «la rapidez de los procesos: una duración excesiva de los mismos resulta intolerable para los ciudadanos y termina por convertirse en una verdadera injusticia».⁸³²

Los magistrados están obligados a la necesaria reserva en el desarrollo de sus investigaciones para no violar el derecho a la intimidad de los indagados y para no debilitar el principio de la presunción de inocencia. Puesto que también un juez puede equivocarse, es oportuno que la legislación establezca una justa indemnización para las víctimas de los errores judiciales.

405 *La Iglesia ve como un signo de esperanza «la aversión cada vez más difundida*

*en la opinión pública a la pena de muerte, incluso como instrumento de “legítima defensa” social, al considerar las posibilidades con las que cuenta una sociedad moderna para reprimir eficazmente el crimen de modo que, neutralizando a quien lo ha cometido, no se le prive definitivamente de la posibilidad de redimirse».*⁸³³ Aun cuando la enseñanza tradicional de la Iglesia no excluya —supuesta la plena comprobación de la identidad y de la responsabilidad del culpable— la pena de muerte «si esta fuera el único camino posible para defender eficazmente del agresor injusto las vidas humanas»,⁸³⁴ los métodos incruentos de represión y castigo son preferibles, ya que «corresponden mejor a las condiciones concretas del bien común y son más conformes con la dignidad de la persona humana».⁸³⁵ El número creciente de países que adoptan disposiciones para abolir la pena de muerte o para suspender su aplicación es también una prueba de que los casos en los cuales es absolutamente necesario eliminar al reo «son ya muy raros, por no decir prácticamente inexistentes».⁸³⁶ La creciente aversión de la opinión pública a la pena de muerte y las diversas disposiciones que tienden a su abolición o a la suspensión de su aplicación, constituyen manifestaciones visibles de una mayor sensibilidad moral.

4. EL SISTEMA DE LA DEMOCRACIA

406 *Un juicio explícito y articulado sobre la democracia está contenido en la encíclica «Centesimus annus»: «La Iglesia aprecia el*

sistema de la democracia, en la medida en que asegura la participación de los ciudadanos en las opciones políticas y garantiza

a los gobernados la posibilidad de elegir y controlar a sus propios gobernantes, o bien la de sustituirlos oportunamente de manera pacífica. Por esto mismo, no puede favorecer la formación de grupos dirigentes restringidos que, por intereses particulares o por motivos ideológicos, usurpan el poder del Estado. Una auténtica democracia es posible solamente en un Estado de derecho y sobre la base de una recta concepción de la persona humana. Requiere que se den las condiciones necesarias para la promoción de las personas concretas, mediante la educación y la formación en los verdaderos ideales, así como de la “subjetividad” de la sociedad mediante la creación de estructuras de participación y de corresponsabilidad».⁸³⁷

a) Los valores y la democracia

407 *Una auténtica democracia no es sólo el resultado de un respeto formal de las reglas, sino que es el fruto de la aceptación convencida de los valores que inspiran los procedimientos democráticos: la dignidad de toda persona humana, el respeto de los derechos del hombre, la asunción del «bien común» como fin y criterio regulador de la vida política.* Si no existe un consenso general sobre estos valores, se pierde el significado de la democracia y se compromete su estabilidad.

La doctrina social individúa uno de los mayores riesgos para las democracias actuales en el relativismo ético, que induce a considerar inexistente un criterio objetivo y universal para establecer el fundamento y la correcta jerarquía de valores: «Hoy se tiende a afirmar que el agnosticismo y el

relativismo escéptico son la filosofía y la actitud fundamental correspondientes a las formas políticas democráticas, y que cuantos están convencidos de conocer la verdad y se adhieren a ella con firmeza no son fiables desde el punto de vista democrático, al no aceptar que la verdad sea determinada por la mayoría o que sea variable según los diversos equilibrios políticos. A este propósito, hay que observar que, si no existe una verdad última, la cual guía y orienta la acción política, entonces las ideas y las convicciones humanas pueden ser instrumentalizadas fácilmente para fines de poder. Una democracia sin valores se convierte con facilidad en un totalitarismo visible o encubierto, como demuestra la historia».⁸³⁸ La democracia es fundamentalmente «un “ordenamiento” y, como tal, un instrumento y no un fin. Su carácter “moral” no es automático, sino que depende de su conformidad con la ley moral a la que, como cualquier otro comportamiento humano, debe someterse; esto es, depende de la moralidad de los fines que persigue y de los medios de que se sirve».⁸³⁹

b) Instituciones y democracia

408 *El Magisterio reconoce la validez del principio de la división de poderes en un Estado: «Es preferible que un poder esté equilibrado por otros poderes y otras esferas de competencia, que lo mantengan en su justo límite. Es éste el principio del “Estado de derecho”, en el cual es soberana la ley y no la voluntad arbitraria de los hombres».*⁸⁴⁰

En el sistema democrático, la autoridad política es responsable ante el pueblo. Los organismos representativos deben estar

sometidos a un efectivo control por parte del cuerpo social. Este control es posible ante todo mediante elecciones libres, que permiten la elección y también la sustitución de los representantes. La obligación por parte de los electos de *rendir cuentas* de su proceder, garantizado por el respeto de los plazos electorales, es un elemento constitutivo de la representación democrática.

409 *En su campo específico (elaboración de leyes, actividad de gobierno y control sobre ella), los electos deben empeñarse en la búsqueda y en la actuación de lo que pueda ayudar al buen funcionamiento de la convivencia civil en su conjunto.*⁸⁴¹ La obligación de los gobernantes de responder a los gobernados no implica en absoluto que los representantes sean simples agentes pasivos de los electores. El control ejercido por los ciudadanos, en efecto, no excluye la necesaria libertad que tienen los electos, en el ejercicio de su mandato, con relación a los objetivos que se deben proponer: estos no dependen exclusivamente de intereses de parte, sino en medida mucho mayor de la función de síntesis y de mediación en vistas al bien común, que constituye una de las finalidades esenciales e irrenunciables de la autoridad política.

c) La componente moral de la representación política

410 *Quienes tienen responsabilidades políticas no deben olvidar o subestimar la dimensión moral de la representación, que consiste en el compromiso de compartir el destino del pueblo y en buscar soluciones a los problemas sociales. En esta perspectiva,*

una autoridad responsable significa también una autoridad ejercida mediante el recurso a las virtudes que favorecen *la práctica del poder con espíritu de servicio*⁸⁴² (paciencia, modestia, moderación, caridad, generosidad); una autoridad ejercida por personas capaces de asumir auténticamente como finalidad de su actuación el bien común y no el prestigio o el logro de ventajas personales.

411 *Entre las deformaciones del sistema democrático, la corrupción política es una de las más graves*⁸⁴³ *porque traiciona al mismo tiempo los principios de la moral y las normas de la justicia social; compromete el correcto funcionamiento del Estado, influyendo negativamente en la relación entre gobernantes y gobernados; introduce una creciente desconfianza respecto a las instituciones públicas, causando un progresivo menosprecio de los ciudadanos por la política y sus representantes, con el consiguiente debilitamiento de las instituciones. La corrupción distorsiona de raíz el papel de las instituciones representativas, porque las usa como terreno de intercambio político entre peticiones clientelistas y prestaciones de los gobernantes. De este modo, las opciones políticas favorecen los objetivos limitados de quienes poseen los medios para influenciarlas e impiden la realización del bien común de todos los ciudadanos.*

412 *La administración pública, a cualquier nivel—nacional, regional, municipal—, como instrumento del Estado, tiene como finalidad servir a los ciudadanos: «El Estado, al servicio de los ciudadanos, es el gestor de los bienes del pueblo, que debe administrar en vista del bien común».*⁸⁴⁴ Esta perspectiva

se opone a la *burocratización excesiva*, que se verifica cuando «las instituciones, volviéndose complejas en su organización y pretendiendo gestionar toda área a disposición, terminan por ser abatidas por el funcionalismo impersonal, por la exagerada burocracia, por los injustos intereses privados, por el fácil y generalizado encogerse de hombros». ⁸⁴⁵ El papel de quien trabaja en la administración pública no ha de concebirse como algo impersonal y burocrático, sino como una ayuda solícita al ciudadano, ejercitada con espíritu de servicio.

d) Instrumentos de participación política

413 *Los partidos políticos tienen la tarea de favorecer una amplia participación y el acceso de todos a las responsabilidades públicas.* Los partidos están llamados a interpretar las aspiraciones de la sociedad civil orientándolas al bien común, ⁸⁴⁶ ofreciendo a los ciudadanos la posibilidad efectiva de concurrir a la formación de las opciones políticas. Los partidos deben ser democráticos en su estructura interna, capaces de síntesis política y con visión de futuro.

El referéndum es también un instrumento de participación política, con él se realiza una forma directa de elaborar las decisiones políticas. La representación política no excluye, en efecto, que los ciudadanos puedan ser interpelados directamente en las decisiones de mayor importancia para la vida social.

e) Información y democracia

414 *La información se encuentra entre*

los principales instrumentos de participación democrática. Es impensable la participación sin el conocimiento de los problemas de la comunidad política, de los datos de hecho y de las varias propuestas de solución. Es necesario asegurar un pluralismo real en este delicado ámbito de la vida social, garantizando una multiplicidad de formas e instrumentos en el campo de la información y de la comunicación, y facilitando condiciones de igualdad en la posesión y uso de estos instrumentos mediante leyes apropiadas. Entre los obstáculos que se interponen a la plena realización del derecho a la objetividad en la información, ⁸⁴⁷ merece particular atención el fenómeno de las concentraciones editoriales y televisivas, con peligrosos efectos sobre todo el sistema democrático cuando a este fenómeno corresponden vínculos cada vez más estrechos entre la actividad gubernativa, los poderes financieros y la información.

415 *Los medios de comunicación social se deben utilizar para edificar y sostener la comunidad humana, en los diversos sectores, económico, político, cultural, educativo, religioso:* ⁸⁴⁸ «La información de estos medios es un servicio del bien común. La sociedad tiene derecho a una información fundada en la verdad, la libertad, la justicia y la solidaridad». ⁸⁴⁹

La cuestión esencial en este ámbito es si el actual sistema informativo contribuye a hacer a la persona humana realmente mejor, es decir, más madura espiritualmente, más consciente de su dignidad humana, más responsable, más abierta a los demás, en particular a los más necesitados y a los más débiles. Otro aspecto de gran importancia es la necesidad de que las nuevas tecno-

logías respeten las legítimas diferencias culturales.

416 *En el mundo de los medios de comunicación social las dificultades intrínsecas de la comunicación frecuentemente se agigantan a causa de la ideología, del deseo de ganancia y de control político, de las rivalidades y conflictos entre grupos, y otros males sociales.* Los valores y principios morales valen también para el sector de las comunicaciones sociales: «La dimensión ética no sólo atañe al contenido de la comunicación (el mensaje) y al proceso de comunicación (cómo se realiza la comunicación), sino también a cuestiones fundamentales, estructurales y sistemáticas, que a menudo incluyen múltiples asuntos de política acerca de la distribución de tecnología y productos

de alta calidad (¿quién será rico y quién pobre en información?)».⁸⁵⁰

*En estas tres áreas —el mensaje, el proceso, las cuestiones estructurales— se debe aplicar un principio moral fundamental: la persona y la comunidad humana son el fin y la medida del uso de los medios de comunicación social. Un segundo principio es complementario del primero: el bien de las personas no se puede realizar independientemente del bien común de las comunidades a las que pertenecen.*⁸⁵¹ Es necesaria una participación en el proceso de la toma de decisiones acerca de la política de las comunicaciones. Esta participación, de forma pública, debe ser auténticamente representativa y no dirigida a favorecer grupos particulares, cuando los medios de comunicación social persiguen fines de lucro.⁸⁵²

5. LA COMUNIDAD POLÍTICA AL SERVICIO DE LA SOCIEDAD CIVIL

a) El valor de la sociedad civil

417 *La comunidad política se constituye para servir a la sociedad civil, de la cual deriva.* La Iglesia ha contribuido a establecer la distinción entre comunidad política y sociedad civil, sobre todo con su visión del hombre, entendido como ser autónomo, relacional, abierto a la Trascendencia: esta visión contrasta tanto con las ideologías políticas de carácter individualista, cuanto con las totalitarias que tienden a absorber la sociedad civil en la esfera del Estado. El empeño de la Iglesia en favor del pluralismo

social se propone conseguir una realización más adecuada del bien común y de la misma democracia, según los principios de la solidaridad, la subsidiaridad y la justicia.

La sociedad civil es un conjunto de relaciones y de recursos, culturales y asociativos, relativamente autónomos del ámbito político y del económico: «El fin establecido para la sociedad civil alcanza a todos, en cuanto persigue el bien común, del cual es justo que participen todos y cada uno según la proporción debida».⁸⁵³ Se caracteriza por su capacidad de iniciativa, orientada a favorecer una convivencia social más libre y justa, en

la que los diversos grupos de ciudadanos se asocian y se movilizan para elaborar y expresar sus orientaciones, para hacer frente a sus necesidades fundamentales y para defender sus legítimos intereses.

b) El primado de la sociedad civil

418 *La comunidad política y la sociedad civil, aun cuando estén recíprocamente vinculadas y sean interdependientes, no son iguales en la jerarquía de los fines.* La comunidad política está esencialmente al servicio de la sociedad civil y, en último análisis, de las personas y de los grupos que la componen.⁸⁵⁴ La sociedad civil, por tanto, no puede considerarse un mero apéndice o una variable de la comunidad política: al contrario, ella tiene la preeminencia, ya que es precisamente la sociedad civil la que justifica la existencia de la comunidad política.

El Estado debe aportar un marco jurídico adecuado para el libre ejercicio de las actividades de los sujetos sociales y estar preparado a intervenir, cuando sea necesario y respetando el principio de subsidiaridad, para orientar al bien común la dialéctica entre las libres asociaciones activas en la vida democrática. La sociedad civil es heterogénea y fragmentaria, no carente de ambigüedades y contradicciones: es también lugar de enfrentamiento entre intereses diversos, con el riesgo de que el más fuerte prevalezca sobre el más indefenso.

c) La aplicación del principio de subsidiaridad

419 *La comunidad política debe regular*

*sus relaciones con la sociedad civil según el principio de subsidiaridad:*⁸⁵⁵ es esencial que el crecimiento de la vida democrática comience en el tejido social. Las actividades de la sociedad civil —sobre todo de *voluntariado y cooperación* en el ámbito *privado-social*, sintéticamente definido «*tercer sector*» para distinguirlo de los ámbitos del Estado y del mercado— constituyen las modalidades más adecuadas para desarrollar la dimensión social de la persona, que en tales actividades puede encontrar espacio para su plena manifestación. La progresiva expansión de las iniciativas sociales fuera de la esfera estatal crea nuevos espacios para la presencia activa y para la acción directa de los ciudadanos, integrando las funciones desarrolladas por el Estado. Este importante fenómeno con frecuencia se ha realizado por caminos y con instrumentos informales, dando vida a modalidades nuevas y positivas de ejercicio de los derechos de la persona que enriquecen cualitativamente la vida democrática.

420 *La cooperación, incluso en sus formas menos estructuradas, se delinea como una de las respuestas más fuertes a la lógica del conflicto y de la competencia sin límites, que hoy aparece como predominante.* Las relaciones que se instauran en un clima de cooperación y solidaridad superan las divisiones ideológicas, impulsando a la búsqueda de lo que une más allá de lo que divide.

Muchas experiencias de voluntariado constituyen un ulterior ejemplo de gran valor, que lleva a considerar la sociedad civil como el lugar donde siempre es posible recomponer una ética pública centrada en la solidaridad, la colaboración concreta y

el diálogo fraterno. Todos deben mirar con confianza estas potencialidades y colaborar con su acción personal para el bien de la comunidad en general y en particular de los

más débiles y necesitados. Es también así como se refuerza el principio de la «subjetividad de la sociedad».⁸⁵⁶

6. EL ESTADO Y LAS COMUNIDADES RELIGIOSAS

a) La libertad religiosa, un derecho humano fundamental

421 *El Concilio Vaticano II ha comprometido a la Iglesia Católica en la promoción de la libertad religiosa.* La Declaración *Dignitatis humanae* precisa en el subtítulo que pretende proclamar «el derecho de la persona y de las comunidades a la libertad social y civil en materia religiosa». Para que esta libertad, querida por Dios e inscrita en la naturaleza humana, pueda ejercerse, no debe ser obstaculizada, dado que «la verdad no se impone de otra manera que por la fuerza de la misma verdad».⁸⁵⁷ La dignidad de la persona y la naturaleza misma de la búsqueda de Dios, exigen para todos los hombres la inmunidad frente a cualquier coacción en el campo religioso.⁸⁵⁸ La sociedad y el Estado no deben constreñir a una persona a actuar contra su conciencia, ni impedirle actuar conforme a ella.⁸⁵⁹ La libertad religiosa no supone una licencia moral para adherir al error, ni un implícito derecho al error.⁸⁶⁰

422 *La libertad de conciencia y de religión «corresponde al hombre individual y socialmente considerado».*⁸⁶¹ El derecho a la libertad religiosa debe ser reconocido en el ordenamiento jurídico y sancionado como derecho civil.⁸⁶² Sin embargo, no es de por

sí un derecho ilimitado. Los *justos límites* al ejercicio de la libertad religiosa deben ser determinados para cada situación social mediante la prudencia política, según las exigencias del bien común, y ratificados por la autoridad civil mediante normas jurídicas conformes al orden moral objetivo. Son normas exigidas «por la tutela eficaz, en favor de todos los ciudadanos, de estos derechos, y por la pacífica composición de tales derechos; por la adecuada promoción de esa honesta paz pública, que es la ordenada convivencia en la verdadera justicia; y por la debida custodia de la moralidad pública».⁸⁶³

423 *En razón de sus vínculos históricos y culturales con una Nación, una comunidad religiosa puede recibir un especial reconocimiento por parte del Estado: este reconocimiento no debe, en modo alguno, generar una discriminación de orden civil o social respecto a otros grupos religiosos.*⁸⁶⁴ La visión de las relaciones entre los Estados y las organizaciones religiosas, promovida por el Concilio Vaticano II, corresponde a las exigencias del Estado de derecho y a las normas del derecho internacional.⁸⁶⁵ La Iglesia es perfectamente consciente de que no todos comparten esta visión: por desgracia, «numerosos Estados violan este derecho [a

la libertad religiosa], hasta tal punto que dar, hacer dar la catequesis o recibirla llega a ser un delito susceptible de sanción».⁸⁶⁶

b) Iglesia Católica y comunidad política

b.1) Autonomía e independencia

424 *La Iglesia y la comunidad política, si bien se expresan ambas con estructuras organizativas visibles, son de naturaleza diferente, tanto por su configuración como por las finalidades que persiguen.* El Concilio Vaticano II ha reafirmado solemnemente que «la comunidad política y la Iglesia son independientes y autónomas, cada una en su propio terreno».⁸⁶⁷ La Iglesia se organiza con formas adecuadas para satisfacer las exigencias espirituales de sus fieles, mientras que las diversas comunidades políticas generan relaciones e instituciones al servicio de todo lo que pertenece al bien común temporal. La autonomía e independencia de las dos realidades se muestran claramente sobre todo en el orden de los fines.

El deber de respetar la libertad religiosa impone a la comunidad política que garantice a la Iglesia el necesario espacio de acción. Por su parte, la Iglesia no tiene un campo de competencia específica en lo que se refiere a la estructura de la comunidad política: «La Iglesia respeta *la legítima autonomía del orden democrático*; pero no posee título alguno para expresar preferencias por una u otra solución institucional o constitucional»,⁸⁶⁸ ni tiene tampoco la tarea de valorar los programas políticos, si no es por sus implicaciones religiosas y morales.

b.2) Colaboración

425 *La recíproca autonomía de la Iglesia y la comunidad política no comporta una separación tal que excluya la colaboración:* ambas, aunque a título diverso, están al servicio de la vocación personal y social de los mismos hombres. La Iglesia y la comunidad política, en efecto, se expresan mediante formas organizativas que no constituyen un fin en sí mismas, sino que están al servicio del hombre, para permitirle el pleno ejercicio de sus derechos, inherentes a su identidad de ciudadano y de cristiano, y un correcto cumplimiento de los correspondientes deberes. La Iglesia y la comunidad política pueden desarrollar su servicio «con tanta mayor eficacia, para bien de todos, cuanto mejor cultiven ambas entre sí una sana cooperación, habida cuenta de las circunstancias de lugar y tiempo».⁸⁶⁹

426 *La Iglesia tiene derecho al reconocimiento jurídico de su propia identidad.* Precisamente porque su misión abarca toda la realidad humana, la Iglesia, sintiéndose «íntima y realmente solidaria del género humano y de su historia»,⁸⁷⁰ reivindica la libertad de expresar su juicio moral sobre estas realidades, cuantas veces lo exija la defensa de los derechos fundamentales de la persona o la salvación de las almas.⁸⁷¹

La Iglesia por tanto pide: libertad de expresión, de enseñanza, de evangelización; libertad de ejercer el culto públicamente; libertad de organizarse y tener sus reglamentos internos; libertad de elección, de educación, de nombramiento y de traslado de sus ministros; libertad de construir edificios religiosos; libertad de adquirir y poseer

bienes adecuados para su actividad; libertad de asociarse para fines no sólo religiosos, sino también educativos, culturales, de salud y caritativos.⁸⁷²

427 *Con el fin de prevenir y atenuar posibles conflictos entre la Iglesia y la comunidad política, la experiencia jurídica de la Iglesia y del Estado ha delineado diversas formas estables de relación e instrumentos aptos*

para garantizar relaciones armónicas. Esta experiencia es un punto de referencia esencial para los casos en que el Estado pretende invadir el campo de acción de la Iglesia, obstaculizando su libre actividad, incluso hasta perseguirla abiertamente o, viceversa, en los casos en que las organizaciones eclesiales no actúen correctamente con respecto al Estado.

Notas

⁷⁷³ *Catecismo de la Iglesia Católica*, 1884.

⁷⁷⁴ Cf. Juan XXIII, Carta enc. *Pacem in terris*: AAS 55 (1963) 266-267. 281-291. 301-302; Juan Pablo II, Carta enc. *Sollicitudo rei socialis*, 39: AAS 80 (1988) 566-568.

⁷⁷⁵ Cf. Concilio Vaticano II, Const. past. *Gaudium et spes*, 25: AAS 58 (1966) 1045-1046; *Catecismo de la Iglesia Católica*, 1881; Congregación para la Doctrina de la Fe, *Nota Doctrinal sobre algunas cuestiones relativas al compromiso y la conducta de los católicos en la vida política* (24 de noviembre de 2002), 3: Librería Editrice Vaticana, Ciudad del Vaticano 2002, pp. 7-8.

⁷⁷⁶ Concilio Vaticano II, Const. past. *Gaudium et spes*, 25: AAS 58 (1966) 1045.

⁷⁷⁷ Juan XXIII, Carta enc. *Pacem in terris*: AAS 55 (1963) 258.

⁷⁷⁸ Juan XXIII, Carta enc. *Mater et magistra*: AAS 53 (1961) 450.

⁷⁷⁹ Cf. Concilio Vaticano II, Const. past. *Gaudium et spes*, 74: AAS 58 (1966) 1095-1097.

⁷⁸⁰ Pío XII, Radiomensaje de Navidad (24 de diciembre de 1944): AAS 37 (1945) 13.

⁷⁸¹ Pío XII, Radiomensaje de Navidad (24 de diciembre de 1944): AAS 37 (1945) 13.

⁷⁸² Pío XII, Radiomensaje de Navidad (24 de diciembre de 1944): AAS 37 (1945) 13.

⁷⁸³ Juan XXIII, Carta enc. *Pacem in terris*: AAS 55 (1963) 266.

⁷⁸⁴ Cf. Juan XXIII, Carta enc. *Pacem in terris*: AAS 55 (1963) 283.

⁷⁸⁵ Juan Pablo II, *Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz 1989*, 5: AAS 81 (1989) 98.

⁷⁸⁶ Juan Pablo II, *Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz 1989*, 11: AAS 81 (1989) 101.

⁷⁸⁷ Juan XXIII, Carta enc. *Pacem in terris*: AAS 55 (1963) 273; cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, 2237; Juan Pablo II, *Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz 2000*, 6: AAS 92 (2000) 362; Id., Discurso a la Quincuagésima Asamblea General de las Naciones Unidas (5 de octubre de 1995), 3, Tipografía Vaticana, p. 7.

⁷⁸⁸ Juan XXIII, Carta enc. *Pacem in terris*: AAS 55 (1963) 274.

⁷⁸⁹ Juan XXIII, Carta enc. *Pacem in terris*: AAS 55 (1963) 275.

⁷⁹⁰ Cf. Sto. Tomás de Aquino, *Sententiae Octavi Libri Ethicorum*, lect. 1: Ed. Leon. 47, 443: «Est enim naturalis amicitia inter eos qui sunt unius gentis ad invicem, in quantum communicant in moribus et convictu. Quartam rationem ponit ibi: Videtur autem et civitates continere amicitia. Et dicit quod per amicitiam videntur conservari civitates. Unde legislatores magis student ad amicitiam conservandam inter cives quam etiam ad iustitiam, quam quandoque intermittunt, puta in poenis inferendis, ne dissensio oriatur. Et hoc patet per hoc quod concordia assimilatur amicitiae, quam quidem, scilicet concordiam, legislatores maxime ap-

petunt, contentionem autem civium maxime expellunt, quasi inimicam salutis civitatis. Et quia tota moralis philosophia videtur ordinari ad bonum civile, ut in principio dictum est, pertinet ad moralem considerare de amicitia».

⁷⁹¹ Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, 2212-2213.

⁷⁹² Cf. Sto. Tomás de Aquino, *De regno. Ad regem Cypri*, I, 10: Ed. Leon. 42, 461: «omnis autem amicitia super aliqua communione firmatur: eos enim qui conueniunt uel per nature originem uel per morum similitudinem uel per cuiuscumque communionem, uidemus amicitia coniungi... Non enim conseruatur amore, cum parua uel nulla sit amicitia subiectae multitudinis ad tyrannum, ut prehabitis patet».

⁷⁹³ «Libertad, igualdad, fraternidad» ha sido el lema de la Revolución Francesa. «En el fondo son ideas cristianas», afirmó Juan Pablo II durante su primer viaje a Francia: Homilía en Le Bourget (1º de junio de 1980) 5: AAS 72 (1980) 720.

⁷⁹⁴ Cf. Sto. Tomás de Aquino, *Summa theologiae*, I-II, q. 99: Ed. Leon. 7, 199-205; Id., II-II, q. 23, a.3, ad 1um: Ed. Leon. 8, 168.

⁷⁹⁵ Pablo VI, *Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz 1977*: AAS 68 (1976) 709.

⁷⁹⁶ Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, 2212.

⁷⁹⁷ Juan XXIII, Carta enc. *Pacem in terris*: AAS 55 (1963) 259.

⁷⁹⁸ Concilio Vaticano II, Const. past. *Gaudium et spes*, 73: AAS 58 (1966) 1095.

⁷⁹⁹ Juan XXIII, Carta enc. *Pacem in terris*: AAS 55 (1963) 269; cf. León XIII, Carta enc. *Inmortale Dei*: Acta Leonis XIII, 5 (1885) 120.

⁸⁰⁰ Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, 1898; Sto. Tomás de Aquino, *De regno. Ad regem Cypri*, I, 1: Ed. Leon. 42, 450: «Si igitur naturale est homini quod in societate multorum uiuat, necesse est in omnibus esse aliquid per quod multitudo regatur. Multis enim existentibus hominibus et unoquoque id quod est sibi congruum prouidente, multitudo in diuersa dispergetur nisi etiam esset aliquid de eo quod ad bonum multitudinis pertinet curam habens, sicut et corpus hominis et cuiuslibet animalis deflueret nisi esset aliqua uis regitiua communis in corpore, quae ad bonum commune omnium membrorum intenderet. Quod considerans Salomon dixit: "Ubi non est gubernator, dissipabitur populus"».

⁸⁰¹ Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, 1897; Juan XXIII, Carta enc. *Pacem in terris*: AAS 55 (1963) 279.

⁸⁰² Concilio Vaticano II, Const. past. *Gaudium et spes*, 74: AAS 58 (1966) 1096.

⁸⁰³ Cf. Juan Pablo II, Carta enc. *Centesimus annus*, 46: AAS 83 (1991) 850-851; Juan XXIII, Carta enc. *Pacem in terris*: AAS 55 (1963) 271.

⁸⁰⁴ Cf. Concilio Vaticano II, Const. past. *Gaudium et spes*, 74: AAS 58 (1966) 1095-1097.

⁸⁰⁵ Juan XXIII, Carta enc. *Pacem in terris*: AAS 55 (1963) 270; cf. Pío XII, Radiomensaje de Navidad (24 de diciembre de 1944): AAS 37 (1945) 15; *Catecismo de la Iglesia Católica*, 2235.

⁸⁰⁶ Juan XXIII, Carta enc. *Mater et magistra*: AAS 53 (1961) 449-450.

⁸⁰⁷ Juan XXIII, Carta enc. *Mater et magistra*: AAS 53 (1961) 450.

⁸⁰⁸ Cf. Juan XXIII, Carta enc. *Pacem in terris*: AAS 55 (1963) 269-270.

⁸⁰⁹ Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, 1902.

⁸¹⁰ Cf. Juan XXIII, Carta enc. *Pacem in terris*: AAS 55 (1963) 258-259.

⁸¹¹ Cf. Pío XII, Carta enc. *Summi Pontificatus*: AAS 31 (1939) 432-433.

⁸¹² Juan Pablo II, Carta enc. *Evangelium vitae*, 71: AAS 87 (1995) 483.

⁸¹³ Cf. Juan Pablo II, Carta enc. *Evangelium vitae*, 70: AAS 87 (1995) 481-483; Juan XXIII, Carta enc. *Pacem in terris*: AAS 55 (1963) 258-259. 279-280.

⁸¹⁴ Cf. Pío XII, Carta enc. *Summi Pontificatus*: AAS 31 (1939) 423.

⁸¹⁵ Cf. Juan Pablo II, Carta enc. *Evangelium vitae*, 70: AAS 87 (1995) 481-483; Id., Carta enc. *Veritatis splendor*, 97. 99: AAS 85(1993) 1209-1211; Congregación para la Doctrina de la Fe, *Nota Doctrinal sobre algunas cuestiones relativas al compromiso y la conducta de los católicos en la vida pública* (24 de noviembre de 2002), 5-6, Librería Editrice Vaticana, Ciudad del Vaticano 2002, pp. 11-14.

⁸¹⁶ Sto. Tomás de Aquino, *Summa theologiae*, I-II, q. 93, a. 3, ad 2um. Ed. Leon. 7, 164: «Lex humana intantum habet rationem legis, inquantum est secundum rationem rectam: et secundum hoc manifestum est quod a lege aeterna derivatur. Inquantum uero a ratione recedit, sic dicitur lex iniqua: et sic non habet rationem legis, sed magis uolentiae cuiusdam».

⁸¹⁷ Cf. Juan XXIII, Carta enc. *Pacem in terris*: AAS 55 (1963) 270.

⁸¹⁸ Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, 1899-1900.

⁸¹⁹ Cf. Concilio Vaticano II, Const. past. *Gaudium et spes*, 74: AAS 58 (1966) 1095-1097; *Catecismo de la Iglesia Católica*, 1901.

⁸²⁰ Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, 2242.

⁸²¹ Cf. Juan Pablo II, Carta enc. *Evangelium vitae*, 73: AAS 87 (1995) 486-487.

⁸²² Juan Pablo II, Carta enc. *Evangelium vitae*, 74: AAS 87 (1995) 488.

⁸²³ Sto. Tomás de Aquino, *Summa theologiae*, II-II, a. 6, ad 3um. Ed. Leon. 9, 392: «Principibus saecularibus intantum homo oboedire tenetur, in quantum ordo iustitiae requirit».

⁸²⁴ *Catecismo de la Iglesia Católica*, 2243.

⁸²⁵ Pablo VI, Carta enc. *Populorum progressio*, 31: AAS 59 (1967) 272.

⁸²⁶ Congregación para la Doctrina de la Fe, Instr. *Libertatis conscientia*, 79: AAS 79 (1987) 590.

⁸²⁷ Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, 2266.

⁸²⁸ Juan Pablo II, Discurso a la Asociación Nacional Italiana de Magistrados (31 de marzo de 2000), 4: AAS 92 (2000) 633.

⁸²⁹ Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, 2266.

⁸³⁰ Juan Pablo II, Discurso al Comité Internacional de la Cruz Roja, Ginebra (15 de junio de 1982), 5: *L'Osservatore Romano*, edición española, 27 de junio de 1982, p. 15.

⁸³¹ Juan Pablo II, Discurso a la Asociación Italiana de Magistrados (31 de marzo de 2000), 4: AAS 92 (2000) 633.

⁸³² Juan Pablo II, Discurso a la Asociación Italiana de Magistrados (31 de marzo de 2000), 4: AAS 92 (2000) 633.

⁸³³ Juan Pablo II, Carta enc. *Evangelium vitae*, 27: AAS 87 (1995) 432.

⁸³⁴ *Catecismo de la Iglesia Católica*, 2267.

⁸³⁵ *Catecismo de la Iglesia Católica*, 2267.

⁸³⁶ Juan Pablo II, Carta enc. *Evangelium vitae*, 56: AAS 87 (1995) 464; cf. también Id., *Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz 2001*, 19: AAS (2001) 244, donde el recurso a la pena de muerte se define «absolutamente innecesario».

⁸³⁷ Juan Pablo II, Carta enc. *Centesimus annus*, 46: AAS 83 (1991) 850.

⁸³⁸ Juan Pablo II, Carta enc. *Centesimus annus*, 46: AAS 83 (1991) 850.

⁸³⁹ Juan Pablo II, Carta enc. *Evangelium vitae*, 70: AAS 87 (1995) 482.

⁸⁴⁰ Juan Pablo II, Carta enc. *Centesimus annus*, 44: AAS 83 (1991) 848.

⁸⁴¹ Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, 2236.

⁸⁴² Cf. Juan Pablo II, Exh. ap. *Christifideles laici*, 42: AAS 81 (1989) 472-476.

⁸⁴³ Cf. Juan Pablo II, Carta enc. *Sollicitudo rei socialis*, 44: AAS 80 (1988) 575-577; Id., Carta enc. *Centesimus annus*, 48: AAS 83 (1991) 852-854; Id., *Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz 1999*, 6: AAS 91 (1999) 381-382.

⁸⁴⁴ Juan Pablo II, *Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz 1998*, 5: AAS 90 (1998) 152.

⁸⁴⁵ Juan Pablo II, Exh. ap. *Christifideles laici*, 41: AAS 83 (1989) 471-472.

⁸⁴⁶ Cf. Concilio Vaticano II, Const. past. *Gaudium et spes*, 75: AAS 58 (1966) 1097-1099.

⁸⁴⁷ Cf. Juan XXIII, Carta enc. *Pacem in terris*: AAS 55 (1963) 260.

⁸⁴⁸ Cf. Concilio Vaticano II, Decr. *Inter mirifica*, 3: AAS 56 (1964) 146; Pablo VI, Exh. ap. *Evangelii nuntiandi*, 45: AAS 68 (1976) 35-36; Juan Pablo II, Carta enc. *Redemptoris missio*, 37: AAS 83 (1991) 282-286; Pontificio Consejo para las Comunicaciones Sociales, *Communio et Progressio*, 126-134: AAS 63 (1971) 638-640; Íd., *Aetatis novae*, 11: AAS 84 (1992) 455-456; Íd., *Ética en la publicidad*, (22 de febrero de 1997), 4-8, Librería Editrice Vaticana, Ciudad del Vaticano 1997, pp. 10-15.

⁸⁴⁹ *Catecismo de la Iglesia Católica*, 2494; cf. Concilio Vaticano II, Decr. *Inter mirifica*, 11: AAS 56 (1964) 148-149.

⁸⁵⁰ Pontificio Consejo para las Comunicaciones Sociales, *Ética en las comunicaciones sociales* (4 de junio de 2000), 20, Librería Editrice Vaticana, Ciudad del Vaticano 2000, p. 25.

⁸⁵¹ Cf. Pontificio Consejo para las Comunicaciones Sociales, *Ética en las comunicaciones sociales* (4 de junio de 2000), 22, Librería Editrice Vaticana, Ciudad del Vaticano, pp. 27-29.

⁸⁵² Cf. Pontificio Consejo para las Comunicaciones Sociales, *Ética en las comunicaciones sociales* (4 de junio de 2000), 24, Librería Editrice Vaticana, Ciudad del Vaticano 2000, pp. 30-32.

⁸⁵³ León XIII, Carta enc. *Rerum novarum*: Acta Leonis XIII, 11 (1892) 134.

⁸⁵⁴ Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, 1910.

⁸⁵⁵ Cf. Pío XI, Carta enc. *Quadragesimo anno*: AAS 23 (1931) 203; *Catecismo de la Iglesia Católica*, 1883-1885.

⁸⁵⁶ Juan Pablo II, Carta enc. *Centesimus annus*, 49: AAS 83 (1991) 855.

⁸⁵⁷ Concilio Vaticano II, Decl. *Dignitatis humanae*, 1: AAS 58 (1966) 929.

⁸⁵⁸ Cf. Concilio Vaticano II, Decl. *Dignitatis humanae*, 2: AAS 58 (1966) 930-931; *Catecismo de la Iglesia Católica*, 2106.

⁸⁵⁹ Cf. Concilio Vaticano II, Decl. *Dignitatis humanae*, 3: AAS 58 (1966) 931-932.

⁸⁶⁰ Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, 2108.

⁸⁶¹ *Catecismo de la Iglesia Católica*, 2105.

⁸⁶² Cf. Concilio Vaticano II, Decl. *Dignitatis humanae*, 2: AAS 58 (1966) 930-931; *Catecismo de la Iglesia Católica*, 2108.

⁸⁶³ Concilio Vaticano II, Decl. *Dignitatis humanae*, 7: AAS 58 (1966) 935; cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, 2109.

⁸⁶⁴ Cf. Concilio Vaticano II, Decl. *Dignitatis humanae*, 6: AAS 58 (1966) 933-934; *Catecismo de la Iglesia Católica*, 2107.

⁸⁶⁵ Cf. Juan Pablo II, *Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz 1999*, 5: AAS 91 (1999) 380-381.

⁸⁶⁶ Juan Pablo II, Exh. ap. *Catechesi tradendae*, 14: AAS 71 (1979) 1289.

⁸⁶⁷ Concilio Vaticano II, Const. past. *Gaudium et spes*, 76: AAS 58 (1966) 1099; *Catecismo de la Iglesia Católica*, 2245.

⁸⁶⁸ Juan Pablo II, Carta enc. *Centesimus annus*, 47: AAS 83 (1991) 852.

⁸⁶⁹ Concilio Vaticano II, Const. past. *Gaudium et spes*, 76: AAS 58 (1966) 1099.

⁸⁷⁰ Concilio Vaticano II, Const. past. *Gaudium et spes*, 1: AAS 58 (1966) 1026.

⁸⁷¹ Cf. CIC canon 747, § 2; *Catecismo de la Iglesia Católica*, 2246.

⁸⁷² Cf. Juan Pablo II, Carta a los Jefes de Estado firmantes del Acto final de Helsinki (1.º de septiembre de 1980), 4: AAS 72 (1980) 1256-1258.

